



Dante Alighieri *La vida nueva*

Biblioteca Medieval



Entre 1292 y 1293, Dante Alighieri (1265-1321) escribe un conjunto de poemas y prosas que desarrollan una serie de visiones y alegorías en torno al tema del amor y de la experiencia poética que titula *Vita nuova*. La figura central de esta obra, aparte del propio poeta, es Bice Portinari, la Beatriz real, que culminará en la Beatrice del *Paradiso*. Con un trasfondo de relato autobiográfico, Dante relata su transformación interior, a través de su poesía, capaz de estructurar todo su sentimiento. Como nexos con la *Commedia*, la *Vita* muestra ya toda la altura y coherencia que alcanzará en el futuro su grandioso sistema poético.





Dante Alighieri

La vida nueva

ePub r1.1

Titivillus 12.08.16

EDICIÓN DIGITAL



Título original: *Vita nuova*

Dante Alighieri, 1293

Traducción: Julio Martínez Mesanza

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Edición digital: epublibre, 2016

Conversión a pdf: FS, 2018



La vida nueva

I. En aquella parte del libro de mi memoria, antes de la cual poco podría leerse, se encuentra un título que dice: *Incipit vita nova*^[1]. Bajo ese título están escritas las palabras que tengo intención de transcribir en este librito; y si no todas, al menos su significado.

II [I]. Nueve veces^[2] ya, desde mi nacimiento, el cielo de la luz había vuelto a un mismo punto, en lo que concierne a su propio movimiento giratorio, cuando ante mi vista apareció por vez primera la gloriosa dueña de mi intelecto, que fue llamada Beatriz^[3] por muchos que no sabían cómo se llamaba. Ella había estado en esta vida tanto tiempo como emplea el estrellado cielo en moverse hacia oriente una de las doce partes de un grado, y así, casi al principio de su noveno año apareció ante mí, y yo la vi casi al final de mi noveno. Apareció vestida de un muy noble color, humilde y honesto, purpúreo, ceñida y adornada a la manera que convenía a su jovencísima edad. Digo en verdad que, en aquel momento, el espíritu de la vida^[4], que habita en la secretísima cámara del corazón, comenzó a latir tan fuertemente, que se advertía de forma violenta en las menores pulsaciones; y temblando, dijo estas palabras: *Ecce deus fortior me, qui veniens dominabitur michi*^[5]. En aquel punto, el espíritu animal, que habita en la elevada cámara a la cual todos los espíritus sensitivos envían sus percepciones, comenzó a maravillarse en demasía, y hablando especialmente a los espíritus de la vista, dijo estas palabras: *Appamit iam beatitudo vestra*^[6]. Entonces, el espíritu natural, que habita en aquella parte donde

se regula nuestra nutrición, rompió a llorar, y llorando, dijo estas palabras: *Heu miser, quia frequenter impeditus ero deinceps*^[7]!. Confieso que desde entonces Amor fue el dueño de mi alma, que se desposó con él muy pronto, y comenzó a tomar sobre mí tanta seguridad y dominio, por el poder que mi imaginación le daba, que me veía obligado a cumplir todos sus deseos enteramente. Muchas veces me ordenaba que intentase ver a esta angelical joven; por lo que muchas veces en mi infancia la estuve buscando, y la veía de un porte tan noble y laudable, que ciertamente se podían decir de ella las palabras del poeta Homero: «No parecía hija de un mortal, sino de un dios»^[8]. Y aunque su imagen, que me acompañaba continuamente, fuese la arrogante confianza de Amor para enseñorearse de mí, era sin embargo de tan noble virtud, que nunca consintió que Amor me gobernase sin el consejo fiel del entendimiento en aquellas cosas en las que tal consejo fuese útil de oír. Pero como el dominio de las pasiones y actos pueriles pudiera parecerle exagerado a alguien, lo dejaré a un lado, y silenciando muchas cosas que se podrían sacar del ejemplo en donde nacen éstas, vendré a aquellas palabras que están escritas en mi memoria bajo mayores títulos.

III [II]. Luego que pasaron tantos días como para cumplirse justamente nueve años desde la citada aparición de esta gentilísima, en el último de esos días, sucedió que esta dama admirable se me apareció vestida de un color blanquísimo, en medio de dos gentiles damas de más avanzada edad; y al pasar por una calle, volvió sus ojos hacia donde yo estaba, lleno de temor, y por su inefable cortesía, recompensada hoy en el cielo, me saludó muy virtuosamente, de modo que me pareció ver entonces todos los extremos de la beatitud. La hora en que recibí su dulce saludo era exactamente la de nona de aquel día, y como aquélla fue la primera vez que sus palabras fueron dichas para mis oídos, sentí tanta dulzura, que como embriagado me aparté

de la gente, y corrí al solitario retiro de mi estancia, y me puse a pensar en dama tan cortés. [III]. Y pensando en ella, me alcanzó un agradable sueño en el que tuve una visión maravillosa: me parecía ver en mi cámara una nubecilla color de fuego, en cuyo interior descubrí la figura de un varón de aspecto terrible para quien la mirase; y me parecía tan congraciado consigo mismo, que resultaba algo admirable; y hablaba de muchas cosas, de las cuales yo entendía sólo unas pocas, y entre esas pocas, éstas: *Ego dominas tuus*^[9]. En sus brazos me parecía ver una persona que dormía desnuda, apenas arropada ligeramente por un paño color sangre; después que la miré muy atentamente, supe que era la mujer de mi salud, la que el día anterior se había dignado saludarme. Y en una de sus manos, me parecía que este varón llevaba una cosa que ardía enteramente, y parecía decirme estas palabras: *Vide cor tuum*^[10]. Y después de que él estuviera algún tiempo, me parecía que despertaba a la que dormía; y tanto se esmeraba en su ingenio, que le hacía comer aquello que en la mano le ardía, y ella lo comía tímidamente. Después de esto, al punto su alegría se transformaba en amargo llanto; y llorando, estrechaba a la mujer entre sus brazos, y me parecía como si se fuera con ella hacia el cielo, por lo que yo me angustiaba de tal forma, que no podía mantener mi débil sueño, sino que se rompió y desperté. Al punto comencé a pensar, y me di cuenta de que la hora en la cual me había aparecido esta visión fue la cuarta de la noche, de modo que resulta manifiesto que esta hora fue la primera de las nueve últimas horas de la noche. Pensando en aquello que se me había aparecido, me propuse que lo supieran muchos de los que eran famosos trovadores por aquel tiempo, y como era el caso que yo ya conocía por mí mismo el arte de decir palabras rimadas, me propuse hacer un soneto en el que saludase a todos los vasallos de Amor; y pidiéndoles que juzgasen mi visión, les escribí aquello que había visto en mi sueño. E hice entonces el soneto que empieza *A toda alma cautiva*.

A toda alma cautiva y noble corazón,
ante cuya presencia llegan estas palabras,
para que sobre esto su parecer me escriban,
salud en nombre de Amor, su dueño.
Casi terciadas estaban ya las horas
del tiempo en que ilumina toda estrella,
cuando de pronto me apareció Amor,
cuyo aspecto me horroriza recordar.
Amor me parecía alegre, y tenía en su mano
mi corazón, y en sus brazos llevaba
a mi dama, que dormía cubierta con un paño.
Después la despertó, y el corazón ardiente
ella con humildad comía temerosa:
luego yo lo vi marchar llorando.

Este soneto se divide en dos partes: en la primera saludo y pido respuesta, y en la segunda explico a qué se debe responder. La segunda parte comienza: *Casi terciadas*.

Este soneto fue respondido por muchos y con diversas opiniones. Entre los que respondieron se encontraba aquel que llamo el primero de mis amigos^[11], que escribió un soneto que comienza: *Vedeste, al mio parere onne valore*^[12]. Y éste fue casi el principio de nuestra amistad, cuando supo que yo le había enviado aquél. El verdadero significado del sueño no fue visto entonces por ninguno, que ahora está clarísimo aun para los más simples.

IV. Desde esta visión en adelante mi espíritu natural comenzó a ser estorbado en sus acciones, ya que el alma estaba totalmente ocupada en pensar en esta dama tan gentil, por lo que en muy poco tiempo volvíme de tan frágil y débil condición, que a muchos amigos les desagradaba verme, y muchos, llenos de envidia, procuraban saber de mí todo aquello que yo quería

ocultar a los otros. Y yo, advirtiendo el pérfido interrogatorio a que me sometían, por la voluntad de Amor, que me ordenaba según el consejo de la razón, les respondía que Amor era quien de tal manera me había gobernado. Hablaba de Amor, puesto que yo llevaba en el rostro tantas de sus señales, que no se podía esconder. Y cuando me preguntaban: «¿Por quién te ha destruido así Amor?», yo los miraba con una sonrisa, y nada les decía.

V. Sucedió un día que esta dama tan noble se encontraba en un lugar donde se oían palabras referentes a la Reina de la Gloria^[13], y yo estaba en un sitio desde el que contemplaba mi dicha, y entre ella y yo, en línea recta, se sentaba una noble dama de muy agradable aspecto, que me miraba muchas veces, sorprendiéndose de mi mirar, que parecía terminar en ella. Por lo que muchos advirtieron su mirada; y tanto se fijaron en ello, que, al irme de este lugar, oía que decían detrás de mí: «Ved cómo esa dama destruye el alma de éste»; y cuando la nombraron, entendí que se referían a la que había estado en medio de la línea recta que comenzaba en la gentilísima Beatriz y terminaba en mis ojos. Entonces me alivié mucho, tranquilizado porque mi secreto no había sido descubierto aquel día a causa de mi mirada. Inmediatamente pensé en hacer de esta noble dama celada de la verdad; y tanto hice ver en poco tiempo, que la mayoría de las personas que hablaban de mí creían conocer mi secreto. Con esta dama me encubrí algunos años y meses; y para que los otros lo creyesen más, hice para ella ciertas cosillas en rima, que no es mi intención transcribir aquí, sino en cuanto traten de la gentilísima Beatriz; por ello las dejaré todas a un lado, salvo alguna de ellas que escribiré porque va en alabanza suya.

VI. Digo que en el tiempo en que esta dama era celada de tanto amor cuanto por mi parte sentía, tuve un gran deseo de recordar el nombre de aquella gentilísima y de acompañarlo de muchos

otros nombres de mujeres, pero en especial del nombre de esta gentil dama. Y tomé los nombres de las sesenta damas más bellas de la ciudad donde el Altísimo había dispuesto que naciera mi dama, y compuse una epístola en forma de serventesio, que no reproduciré aquí y que no habría mencionado si no fuera para decir aquello que, cuando la componía, maravillosamente sucedió, esto es, que en ningún otro número consentía estar el nombre de mi dama, entre los nombres de estas mujeres, sino en el nueve.

VII. La dama con la que yo había ocultado tanto tiempo mis deseos, tuvo que partir de la citada ciudad e ir a un país muy lejano; por lo que yo, consternado por haber perdido tan buena defensa, mucho me desconsolé, más aún de lo que hubiera creído antes. Y pensando que si yo no hablaba dolorosamente de su partida, las gentes advertirían antes mi simulación, me propuse lamentarme de ello en un soneto, el cual reproduzco aquí, pues mi dama fue la razón inmediata de ciertas palabras que hay en él, como le parecerá a quien bien lo comprenda. Y entonces escribí el soneto que comienza *Vos, que por el camino*.

Vos, que por el camino de Amor pasáis,
deteneos y mirad
si hay dolor alguno tan grave como el mío;
os ruego sólo que consintáis en oírme,
y considerad luego
si no soy de todo tormento albergue y clave.
Amor, no por mi bondad escasa,
sino por su nobleza,
vida me consintió tan dulce y suave,
que a menudo escuchaba tras de mí:
«Dios, ¿por qué privilegio
tiene éste su corazón así de alegre?».

Ahora he perdido todo el atrevimiento
que nacía de mi amoroso tesoro;
por lo que quedo pobre,
de tal modo, que aun de hablar tengo miedo.
Por eso, queriendo hacer como aquellos
que por vergüenza ocultan su miseria,
por fuera nuestro alegría,
y dentro de mi corazón me consumo y lloro.

Este soneto tiene dos partes principales; en la primera invoco a los fieles de Amor con aquellas palabras del profeta Jeremías que dicen: *O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus*^[14], y les ruego que consientan en escucharme; en la segunda refiero adónde me había llevado Amor, con otra intención que las últimas partes del soneto no muestran, y digo que lo he perdido. La segunda parte comienza *Amor, no por mi bondad*.

VIII. Después de que esta noble dama partiera, el Señor de los ángeles quiso llamar a su gloria a una dama joven y de muy gentil aspecto, la cual había sido bastante alabada en la antedicha ciudad. Vi cómo yacía su cuerpo inanimado en medio de muchas mujeres que lloraban muy piadosamente. Entonces, recordando que la había visto antes acompañando a mi gentilísima dama, no pude evitar algunas lágrimas; y mientras lloraba, me propuse escribir algunas palabras sobre su muerte, como recompensa por haberla visto alguna vez con mi dama. Y de esto referí algo en la última parte de lo que escribí, como manifiestamente aparece a quien lo entiende. Y escribí entonces estos dos sonetos, el primero de los cuales comienza *Llorad, amantes*; y el segundo, *Muerte villana*.

Llorad, amantes, pues llora Amor,
oyendo qué razón llorar le hace.

Amor oye llamar a unas mujeres a la Piedad,
mostrando amargo duelo en sus ojos,
porque villana Muerte en noble pecho
su cruel sabiduría ha ensayado, destruyendo
lo que en una noble dama hay de loable
por encima del honor.

Escuchad cuánto honor Amor le hizo,
que lo vi realmente lamentarse
sobre la bella imagen muerta,
y mirar a menudo hacia el cielo,
donde ya se encontraba el alma noble,
que dama fue de tan gentil semblante.

Este primer soneto se divide en tres partes: en la primera llamo y exhorto a llorar a los vasallos de Amor y digo que su señor llora, y digo «oyendo la razón que le hace llorar», para que estén más preparados a escucharme; en la segunda hablo de la razón; en la tercera hablo de alguno de los honores que Amor le hizo a esta dama. La segunda parte comienza *Amor oye*; la tercera, *Escuchad*.

Muerte villana, enemiga de la piedad,
madre antigua del dolor,
penoso juicio incontestable,
ya que has dado motivo a mi afligido corazón,
por lo que voy desolado,
de censurarte mi lengua no se cansa.
Y si quiero hacerte mendiga de gracia,
es preciso que yo hable
de tu mal obrar culpable de toda injusticia,
no porque a la gente se le esconda,
sino para que le sea odioso en adelante

a quien se alimente de amor.
Del siglo ha partido la cortesía
y lo que es virtud de apreciar en una dama:
has destruido el amoroso encanto
en la alegre juventud.
No quiero desvelar qué dama sea,
sino por sus bien conocidas virtudes.
Quien no merezca salvación,
no espere jamás conseguir su compañía.

Este soneto se divide en cuatro partes: en la primera parte llamo a la Muerte por varios de sus nombres propios; en la segunda, hablándola, digo la razón que me mueve a insultarla; en la tercera la vitupero; en la cuarta me dirijo a una persona indeterminada, aunque para mi entendimiento sea determinada. La segunda comienza *ya que has dado*; la tercera, *Y si quiero hacerte*; la cuarta, *Quien no merezca salvación*.

IX. Algunos días después de la muerte de esta dama sucedió algo por lo que tuve que partir de la citada ciudad y marchar hacia donde estaba la noble dama que había sido mi defensa, si bien no se encontraba tan lejano el término de mi viaje como el sitio donde ella estaba. Y pese a ir acompañado de muchos, como se veía, la marcha me desagradaba tanto, que los suspiros casi no podían desahogar toda la angustia que sentía mi corazón, puesto que yo me alejaba de mi felicidad. Y sin embargo, mi dulcísimo señor, que me dominaba por virtud de la gentilísima dama, apareció en mi imaginación como peregrino ligeramente vestido y con pobres ropas. Parecía que él estaba consternado y miraba al suelo, salvo a veces que me parecía que sus ojos se volvían hacia un hermoso río, corriente y muy claro, que discurría junto al camino donde me encontraba. Me pareció que Amor me llamaba, y me decía estas palabras: «Vengo de donde aquella dama que ha sido tu dilatada defensa y sé que no regresará en

mucho tiempo; sin embargo, el corazón que yo te hacía tener en ella, lo tengo conmigo y lo llevo a la dama que será tu defensa, como ésta lo era». Y la nombró por su nombre, de modo que la reconocí bien. «Pero no obstante, de estas palabras que te he dicho, si algunas dijeras, hazlo de forma que por ellas no se descubra el simulado amor que has mostrado por ésta y que te convendrá mostrar por otra». Y dichas estas palabras, desapareció toda esta visión mía súbitamente por la grandísima parte que me pareció que Amor me daba de sí mismo; y, casi con mudado semblante, cabalgué aquel día muy pesaroso y acompañado de muchos suspiros. Al terminar el día, escribí sobre esto el soneto que comienza: *Cabalgando*,

Cabalgando anteayer por un camino,
triste porque el marchar no me placía,
salióme Amor al paso,
con hábito humilde de peregrino.
Su semblante mezquino me parecía,
como si hubiese perdido su poder;
y venía suspirando pesaroso,
y cabizbajo para no ver a la gente.
Cuando me vio, llamóme por mi nombre,
y dijo: «Vengo de un lugar lejano donde
por mi voluntad tu corazón estaba;
y lo llevo para servir a un nuevo placer».
Entonces tomé de él tan gran parte,
que desapareció, y no supe cómo.

Este soneto tiene tres partes: en la primera digo cómo encontré a Amor, y qué me parecía. En la segunda digo lo que él me dijo, si bien de manera incompleta por el temor que tenía a descubrir mi secreto. En la tercera hablo de cómo desapareció. La segunda comienza *Cuando me vio*; la tercera, *Entonces tomé*.

X. Después de mi regreso me puse a buscar a esta dama que mi señor me había nombrado en el camino de los suspiros; y para que mi hablar sea más breve, diré que al poco tiempo la convertí en mi defensa, de modo tal, que demasiada gente hablaba de ello fuera de los límites de la cortesía, por lo que muchas veces me juzgaba duramente. Y por esta razón, esto es, por esta injuriosa voz que parecía infamarme grandemente, aquella gentilísima, que destruyó todos los vicios y fue reina de todas las virtudes, al pasar por cierto lugar, me negó su dulcísimo saludo, en el cual se cifraba toda mi felicidad. Y apartándome algo del propósito presente, quiero dar a entender lo que su saludo virtuosamente operaba en mí.

XI. Digo que cuando ella aparecía en cualquier parte, por la esperanza del maravilloso saludo ningún enemigo me quedaba; por el contrario, venía a mí una llama de caridad, que me hacía perdonar a todo aquel que me hubiese ofendido; y si alguien entonces me hubiese preguntado cualquier cosa, mi respuesta habría sido solamente: «Amor», con el rostro vestido de humildad. Y cuando ella estaba cerca ya de saludarme, un espíritu de amor, destruyendo todos los otros espíritus sensitivos, lanzaba fuera a los débiles espíritus de la vista y les decía: «Marchad a honrar a vuestra señora», mientras él permanecía en su lugar. Y quien hubiese querido conocer a Amor, lo podría haber hecho mirando el temblor de mis ojos. Y cuando esta gentilísima salud saludaba, no porque Amor fuera tal obstáculo que pudiese ocultarme la desmedida felicidad, sino que casi por exceso de dulzura, Amor se hacía tal, que mi cuerpo, que entonces estaba completamente bajo su mandato, muchas veces se movía como algo grave e inanimado. Por todo ello, aparece manifiesto que en su saludo residía mi felicidad, la cual muchas veces sobrepasaba y vencía mis facultades.

XII. Volviendo ahora a mi propósito, digo que luego que mi felicidad me fue negada, me sobrevino tanto dolor, que, apartado

de la gente, a un solitario lugar fui a humedecer la tierra con amarguísimas lágrimas. Y luego que se sosegara algo este llanto, me aislé en mis aposentos, donde podía lamentarme sin ser oído; y allí, pidiendo misericordia a la dama de la cortesía, y diciendo «Amor, ayuda a tu vasallo», me adormecí llorando como niño a quien hubiesen azotado. Sucedió entonces que casi a la mitad de mi sueño me pareció ver en mi habitación, sentado junto a mí, a un joven que vestía una blanquísima vestimenta, y que muy pensativo miraba hacia donde yo estaba acostado; y después de haberme mirado un tiempo, me parecía que me llamaba suspirando, y me decía estas palabras: *Fili mi, tempus est ut pretermictantur simulacra nostra*^[15]. Entonces me parecía conocerlo, puesto que me llamaba como ya muchas otras veces me había llamado en mis sueños: y mirándolo, me pareció que lloraba piadosamente, y parecía como si aguardase de mí alguna palabra; por lo que yo, tranquilizándome, de esta manera comencé a hablarle: «Señor de la nobleza, ¿por qué lloras?». Y él me decía estas palabras: *Ego tanquam centrum circuli, cui simili modo se habent circumferentie partes; tu autem non sic*^[16]. Entonces, pensando en sus palabras, parecióme que me había hablado muy oscuramente; por lo que yo me esforzaba en hablar, y le decía: «Señor, ¿por qué me hablas con tanta oscuridad?». Y él me decía en lengua vulgar^[17]: «No preguntes sino lo que te sea útil». Por ello, comencé entonces a conversar con él sobre el saludo que me había sido negado, y le pregunté el motivo, respondiéndome él de esta manera: «Nuestra Beatriz oyó de ciertas personas que hablaban de ti que la dama que yo te nombré en el camino de los suspiros recibía de ti alguna molestia; por lo que esta gentilísima, que es contraria a todas las molestias, no se dignó saludarte, temiendo parecer molesta. Mas, porque ciertamente ya es conocido por ella algo de tu secreto, debido a la larga costumbre, quiero que tú escribas algunas palabras en rima, en las que hables de la fuerza que yo tengo sobre ti por ella, y de cómo tú fuiste

inmediatamente suyo desde tu infancia. Y de ello pon por testigo a aquel que lo sabe, y cómo tú le ruegas que se lo diga; y yo, que soy ése, de buen grado se lo diré; y así, oirá ella tu voluntad, y oyéndola, comprenderá las palabras de los engañados. Haz que estas palabras sean un medio, dado que no puedes hablarle directamente, pues no sería digno; y no las envíes sin mí a parte alguna donde pudieran ser escuchadas por ella, pero adórnalas de suave armonía, en la cual yo estaré todas las veces que sea preciso». Dichas estas palabras, desapareció, y se quebró mi sueño. Recordándolo después, me di cuenta de que la visión se me había aparecido en la novena hora del día; y antes de salir de mi dormitorio, me propuse escribir una balada, a la que trasladase todo aquello que mi señor me había impuesto; y escribí la balada que comienza *Balada, quiero*.

Balada, quiero que tú busques a Amor,
y con él te presentes a mi dama,
para que mi disculpa tú le cantes,
y luego la defienda ante ella mi señor.
Tú vas, balada, tan cortésmente
que sin compañía
deberías tener valor en todas partes;
pero si quieres marchar con seguridad,
encuentra a Amor primero,
que tal vez no sea bueno andar sin él,
pues aquella que debe escucharte,
según creo, está enojada conmigo:
si no fueses acompañada de él,
fácilmente te haría deshonor.
Con dulce sonido, una vez estés con él,
pronuncia estas palabras,
luego que obtengas esa clemencia:

«Mi dama, quien ante ti me envía
quiere que, cuando deseéis,
si tiene disculpa, la escuchéis de mí.
Está conmigo Amor, que por vuestra belleza,
le hace a voluntad cambiar de aspecto:
por lo tanto, si le hizo mirar a otra,
pensad vos que no le cambió el corazón».
Dile: «Mi dama, su corazón
ha vivido en tan firme fe,
que tiene todo su pensamiento puesto en serviros:
al punto fue vuestro, y nunca se ha entibiado».
Si ella no te cree,
di que le pregunte a Amor,
pues él conoce la verdad; y al final,
hazle un humilde ruego:
si el perdonar le disgustara,
que por medio de un mensaje me ordene morir,
y vería obedecer a un buen siervo.
Y antes de retirarte,
dile a aquel que es de toda piedad la llave,
y que le sabrá decir mi buen motivo:
«En consideración de mi suave armonía,
quédate aquí con ella, y habla de tu siervo
lo que quieras; y si ella por tu ruego le perdona,
haz que un bello semblante le anuncie paz».
Gentil balada mía, cuando quieras,
puedes ir a donde honor alcanzarás.

Esta balada se divide en tres partes: en la primera le digo a la balada dónde va a ir, y la aliento para que así vaya más segura, y digo en qué compañía debe ir si quiere marchar con seguridad y

sin peligro alguno. En la segunda digo lo que debe hacer entender. En la tercera la autorizo a marchar cuando le plazca, poniendo su movimiento en brazos de la fortuna. La segunda parte comienza *Con dulce sonido*; y la tercera, *Gentil balada*.

Podría interpelarme cualquiera y decir que no sabe a quién me dirijo con mi hablar en segunda persona, puesto que la balada no es otra cosa que mis palabras: y por ello digo que pretendo exponer y aclarar esta duda en este mismo librito y en parte aún más dudosa; entiéndalo entonces quien aquí duda, o quien aquí quisiese objetarme de este modo.

XIII. Después de la visión que he descrito, habiendo dicho ya las palabras que Amor me ordenara decir, comenzaron a combatirme y tentarme muchos y diversos pensamientos, de forma que me era imposible defenderme ante ninguno de ellos; y entre estos pensamientos cuatro parecían estorbar más el reposo de la vida. Uno de ellos era éste: es bueno el señorío de Amor, ya que aparta al entendimiento de su vasallo de todas las cosas viles. Otro era éste: no es bueno el señorío de Amor, ya que cuanta más fe tiene en él su vasallo, más graves y dolorosas circunstancias ha de pasar. Otro era éste: el nombre de Amor es tan dulce de oír, que me parece imposible que su propia acción no sea dulce en la mayoría de los casos, puesto que los nombres participan de las cosas nombradas, así como está escrito: *Nomina sunt consequentia rerum*^[18]. El cuarto era éste: la dama por la cual Amor te oprime de esta manera, no es como las otras damas, cuyo corazón se conmueve fácilmente. Y cada uno de estos pensamientos me combatía tanto, que me hacía estar como aquel que no sabe por qué dirección ha de encaminarse, y que quiere andar y no sabe por dónde debe ir; y si yo quería buscar un camino común para ellos, en el que todos se concertasen, este camino era gran enemigo mío, a saber, llamar a la Piedad y ponerme en sus manos. Y permaneciendo en este estado, me

vino el deseo de escribir palabras rimadas; y entonces escribí sobre esto el soneto que empieza *Todos mis pensamientos*.

Todos mis pensamientos hablan de Amor;
y tienen entre sí tan gran variedad,
que uno me hace desear su dominio,
otro discute locamente su valor,
otro, confiado, es causa de dulzura,
otro me hace llorar muchas veces;
y sólo se conciertan en pedir piedad,
temblando por el miedo que hay en mi corazón.
Por lo que yo no sé de cuál tomar materia;
y querría hablar, y no sé qué decirme:
me encuentro así en amorosa incertidumbre.
Y si quiero que todos concierten,
habré de llamar a mi enemiga,
mi señora la Piedad, para que me defienda.

Este soneto se puede dividir en cuatro partes: en la primera digo y supongo que todos mis pensamientos son de Amor; en la segunda digo que son diversos, y refiero su variedad; en la tercera digo en lo que parece que todos concuerden; en la cuarta digo que queriendo hablar de Amor, no sé de qué parte deba tomar argumento, y si lo quiero tomar de todos, es preciso que llame a mi enemiga, mi señora la Piedad; y digo «mi señora» hablando casi desdeñosamente. La segunda parte empieza *y tienen entre sí*; la tercera, *y sólo se conciertan*; la cuarta, *Por lo que yo no sé*.

XIV. Después de la batalla de los diversos pensamientos sucedió que esta gentilísima fue a un lugar donde se habían reunido muchas nobles damas; a ese lugar fui conducido por una persona amiga, que pensaba agradarme de esa manera, llevándome allí donde tantas damas mostraban su belleza. Por lo que yo, apenas

sabiendo a qué se me llevaba, y confiando en la persona que había conducido a un amigo suyo al extremo de la vida, le dije: «¿Por qué hemos venido a estas damas?». Entonces él me dijo: «Para que así sean dignamente servidas». Y lo cierto es que estaban allí reunidas en compañía de una noble dama que se había desposado aquel día; por ello, según la costumbre de la mencionada ciudad, debían acompañarla la primera vez que se sentaba a la mesa en casa de su reciente esposo. Entonces yo, creyendo complacer así a este amigo, propuse permanecer al servicio de las damas en su compañía. Y al final de mi propuesta me pareció sentir cómo se iniciaba un sorprendente temblor en la parte izquierda de mi pecho y se extendía rápidamente a todas las demás partes de mi cuerpo. Y digo que entonces apoyé mi cuerpo con disimulo en una pintura que circundaba esta mansión; y temiendo que alguno hubiera advertido mi temblor, alcé la vista, y mirando a las damas, vi entre ellas a la gentilísima Beatriz. Entonces fueron de tal manera destruidas mis facultades por la fuerza que Amor tomó viéndose tan cerca de la gentilísima dama, que sólo quedaron con vida los espíritus de la vista, e incluso éstos quedaron fuera de sus órganos, puesto que Amor quería ocupar su elevadísimo lugar para ver a la admirable dama. Y aunque yo fuese distinto del que era antes, mucho me dolía por estos espíritus, que se lamentaban fuertemente y decían: «Si éste no nos expulsara así de nuestro sitio, podríamos contemplar la maravilla de esta dama, como lo hacen nuestros iguales». Digo que muchas de esas damas, advirtiéndome mi transfiguración, comenzaron a sorprenderse, y hablando con esta gentilísima se burlaban de mí, por lo que mi engañado amigo de buena fe me cogió de la mano, y llevándome fuera de la vista de estas damas, me preguntó qué me pasaba. Entonces yo, algo más calmado, y resucitados mis muertos espíritus, y con los expulsados ya en sus dominios, le dije a mi amigo estas palabras: «Yo tenía mis pies en esa parte de la vida más allá de la cual ya no se puede ir con

intención de volver». Y separándome de él, regresé a la habitación de las lágrimas; en la cual, mientras lloraba y me avergonzaba, decía esto para mí: «Si esta dama conociese mi condición, no creo que se burlase así de mi persona, al contrario, creo que se apiadaría mucho de ella». Y estando en este llanto, me propuse escribir unos versos, en los cuales, hablándole a ella, le hiciera saber el motivo de mi transfiguración, y dijese que sé bien que no es conocido, pues si lo fuera, creo que los otros tendrían piedad; y me propuse escribirlos deseando que por azar llegara a conocerlos. Y entonces compuse el soneto que empieza *Con otras damas*.

Con otras damas os burláis de mi aspecto,
y no pensáis, señora, de dónde viene
que yo os parezca tan extraño
cuando miro vuestra belleza.
Si lo supieseis, ya no podría la Piedad
mantener contra mí la acostumbrada prueba,
pues Amor, cuando tan cerca de vos me encuentra,
adquiere osadía y tanta seguridad,
que se lanza entre mis temerosos espíritus,
ya unos los mata, y expulsa a otros,
de modo que él queda sólo para veros:
por eso me transfiguro, pero no tanto
que no pueda escuchar bien los afligidos
lamentos de los que fueron expulsados.

No divido este soneto en partes, puesto que la división se hace para esclarecer el sentido de lo que se divide; así, dado que su razonado motivo queda bastante manifiesto, no precisa división. Verdad es que entre las palabras que declaran la causa de este soneto, se encuentran algunas inciertas, como cuando digo que Amor mata a todos mis espíritus, y que los de la vista

quedan con vida, aunque fuera de sus órganos. Y esta duda es imposible que la resuelvan quienes no fuesen en grado tal vasallos de Amor; mientras que para aquellos que lo son resulta manifiesto lo que esclarecería las palabras inciertas; por ello no me compete a mí explicar tales dudas, ya que mi aclaración sería inútil o, sin duda, excesiva.

XV. Después de la nueva transfiguración me sobrevino un fuerte pensamiento, que no me dejaba ni un instante, antes bien, me asaltaba continuamente, y conversaba así conmigo: «Después que cobras tan miserable aspecto cuando estás cerca de esta dama, ¿por qué, todavía, intentas verla? He aquí que ella te preguntase, ¿qué habrías de responder, suponiendo que tuvieses libre cada una de tus facultades en todo lo que le respondieses?». Y a éste le respondía otro humilde pensamiento, que decía: «Si yo no perdiera mis facultades, y tan libre fuese que le pudiera responder, le diría que cuando pienso en su admirable belleza, al punto me asalta el deseo de verla, deseo tan poderoso, que mata y destruye en mi memoria todo lo que contra él se pudiera levantar; por ello mis pasados sufrimientos no me impiden el querer verla». Entonces, inducido por tales pensamientos, me propuse escribir ciertas palabras, en las que, disculpándome ante ella de tal censura, dijese también parte de lo que me sucede a su lado; y escribí el soneto que empieza *Lo que se me opone*.

Lo que se me opone muere en la mente,
hermosa alegría, cuando voy a veros;
y cuando estoy cerca de vos, oigo que Amor
dice: «Escapa, si te asusta morir».

El semblante muestra el color del corazón,
que, desfallecido, se apoya donde puede;
y por la ebriedad del gran temblor parece
que las piedra gritaran: Muere, muere.
Peca quien entonces me ve

y no consuela mi alma afligida,
demostrando solamente que de mí se duele,
por la piedad, que vuestra burla mata,
la cual se crea en la vista muerta
de los ojos, que desean su propia muerte.

Este soneto se divide en dos partes: en la primera digo la razón por la que no me resisto a ir junto a esta dama; en la segunda digo lo que me sucede por ir a su lado; y esta parte comienza *y cuando estoy cerca de vos*. Y a su vez esta segunda parte se divide en cinco, conforme a cinco diversas narraciones: en la primera digo lo que Amor, aconsejado por la razón, me dice cuando estoy cerca de ella; en la segunda manifiesto el estado de mi corazón tomando como ejemplo el rostro; en la tercera digo cómo toda mi seguridad se desvanece; en la cuarta digo que peca quien no muestra piedad hacia mí, para que yo tenga algún alivio; en la última digo por qué los otros deberían tener piedad, y esto sería por el piadoso aspecto que adquieren mis ojos; este aspecto piadoso es destruido, esto es, no se muestra ante los demás, por la burla de esta dama, que empuja a un acto semejante a quienes tal vez verían esta piedad. La segunda parte comienza *El semblante muestra*; la tercera, *y por la ebriedad*; la cuarta, *Peca quien*; la quinta, *por la piedad*.

XVI. Después de escribir este soneto, tuve el deseo de decir otras palabras, con las cuales explicase todavía cuatro cosas acerca de mi estado, las cuales no me parecía que hubiesen sido manifestadas aún por mí. La primera de ellas es que muchas veces sentía dolor cuando mi memoria incitaba a la fantasía a imaginar lo que me hacía Amor. La segunda es que Amor muchas veces me asaltaba de pronto tan violentamente, que en mí no quedaba nada de vida salvo un pensamiento que hablaba de esta dama. La tercera es que cuando esta batalla de Amor así me combatía, yo me encaminaba casi totalmente pálido a ver a

mi dama, creyendo que su vista me defendería de este asalto, y olvidando lo que por aproximarme a tanta gentileza me sucedía. La cuarta es que tal vista no solamente no me defendía, sino que finalmente desbarataba mi poca vida. Sobre todo esto escribí el soneto que comienza *Muchas veces*.

Muchas veces me vienen a la mente las oscuras
cualidades que Amor me da, y me apiado
de mí mismo, de tal modo que a menudo digo:

«¡Ay de mí! ¿Les ocurre esto a los demás?».

Pues Amor me asalta tan repentinamente,
que la vida casi me abandona:

sólo un espíritu me queda vivo,
y éste sobrevive todavía porque habla de vos.

Luego me esfuerzo, pues deseo salvarme;

y así, desfallecido y falto de todo valor,

vengo a veros, creyendo que sanaré:

y si alzo los ojos para miraros,

se inicia en mi corazón un estremecimiento

que hace que el alma se separe de los pulsos.

Este soneto se divide en cuatro partes, según las cuatro cosas que refiere, y puesto que están sobradamente explicadas, no me detengo sino a señalar las diferentes partes por sus comienzos: así, la segunda parte empieza *Pues Amor*; la tercera, *Luego me esfuerzo*; la cuarta, *y si alzo*.

XVII. Después de escribir estos tres sonetos, en los que me dirigía a esta dama, y que habían referido casi completamente mi estado, considerando callar y no decir más, pues me parecía haber dicho de mí lo suficiente, aunque luego callase siempre ante ella, me convenía tomar nueva materia, más noble que la anterior. Y puesto que la causa de la nueva materia es agradable de oír, hablaré de ella lo más brevemente que pueda.

XVIII. Puesto que por mi semblante muchas personas habían comprendido el secreto de mi corazón, ciertas damas que se hallaban reunidas, y que se deleitaban unas en compañía de otras, conocían también mi corazón, puesto que cada una de ellas había estado presente en muchas de mis derrotas; y, pasando cerca de ellas, como guiado por la fortuna, me llamó una de estas gentiles damas. La que me había llamado era dama de muy hermoso hablar; así, que cuando llegué delante de ellas, y vi bien que mi gentilísima dama no las acompañaba, tranquilizándome, las saludé y les pregunté qué querían. Había otras que me miraban, esperando a que hablase. Otras había que conversaban. Una de éstas, volviendo sus ojos hacia mí y llamándome por mi nombre, dijo estas palabras: «¿Con qué fin amas a esta dama, que no puedes resistir su presencia? Dínoslo, porque el fin de tal amor debe ser ciertamente muy singular». Y luego que me hubo dicho estas palabras, no sólo ella, sino todas las demás, esperaron atentamente mi respuesta. Entonces les dije: «Damas, el fin de mi amor fue en otro tiempo el saludo de esta dama, lo que tal vez vosotras sepáis, y en él residía mi felicidad, pues era el fin de todos mis deseos. Pero después que quiso negármelo, mi señor, Amor, ha puesto mi felicidad en lo que no me puede faltar». Entonces estas damas comenzaron a hablar entre ellas; y así como a veces vemos caer el agua mezclada con nieve, así me parecía que sus palabras salían mezcladas con suspiros. Y luego que hubieron hablado algún tiempo entre ellas, la dama que se había dirigido a mí primero aún me dijo estas palabras: «Queremos que nos digas en qué reside tu felicidad». Y yo, respondiéndole, hablé de este modo: «En las palabras que alaban a mi dama». Entonces contestóme la que me hablaba: «Si dijese la verdad, las palabras que has dicho describiendo tu estado, las habrías utilizado con otra intención». Por lo que yo, pensando en lo último que me había dicho, me separé de ellas casi avergonzado, y me fui diciendo para mí: «Ya

que hay tanta felicidad en las palabras que alaban a mi dama, ¿por qué ha sido otro lenguaje el mío?». Por lo que me propuse tomar siempre como materia de lo que escribiese aquello que fuera en alabanza de mi gentilísima; y meditándolo mucho, me parecía haber emprendido un trabajo demasiado elevado para mí, de suerte que no me atrevía a comenzar; y así pasé varios días con deseo de escribir y con miedo a comenzar.

XIX. Sucedió después, que yendo por un camino a lo largo del cual fluía un río muy claro, me vino un deseo tan grande de escribir, que me puse a pensar el modo en que lo haría; y pensé que no era conveniente hablar de ella, salvo que lo hiciese dirigiéndome a otras damas en segunda persona, y no a todas, sino sólo a aquellas que son gentiles, y no hembras simplemente. Entonces mi lengua habló como movida por sí misma, y dijo: «Damas que tenéis entendimiento de amor». Guardé estas palabras en mi mente con gran alegría, pensando tomarlas como principio de una composición; por lo que después, una vez de regreso en la mencionada ciudad, pensando algunos días, comencé una canción con este principio, ordenada del modo que se verá más adelante en su división. La canción empieza *Damas que tenéis*.

Damas que tenéis entendimiento de amor,
quiero hablar con vosotras de mi dama,
no porque crea agotar su alabanza,
sino para desahogar la mente conversando.
Digo que cuando pienso en su valor,
tan dulce Amor se me hace sentir,
que si entonces no perdiera el atrevimiento,
con mi hablar haría que se enamorase la gente;
Y no quiero hablar tan alto
que por temor me vuelva vil;

sino que trataré de su noble condición,
por respeto a ella, ligeramente con vosotras,
damas y doncellas enamoradas,
pues no es cosa que deba hablarse con ningún otro.
Un ángel invoca al divino intelecto
y dice: «Señor, en el mundo se ve
como maravilla el acto que procede
de un alma cuyo resplandor alcanza hasta aquí».
El cielo, que no tiene otro defecto
que el de no tenerla, la reclama a su Señor,
y todos los santos suplican esa merced.
Sólo la Piedad nuestra parte defiende,
y habla Dios, que conoce bien a mi dama:
«Amados míos, sufrid con resignación que
vuestra esperanza esté ahora, y cuanto yo desee,
allí donde hay uno que espera perderla,
y que dirá en el infierno: ¡Oh mal nacidos!
Yo vi la esperanza de los bienaventurados».
Mi dama es deseada en lo más alto del cielo:
ahora quiero haceros saber de su virtud.
Digo que la que quiera parecer noble dama,
vaya con ella, pues cuando pasa por la calle,
Amor arroja hielo en los corazones villanos,
y así congela y mata todos sus pensamientos;
y quien pudiera soportar el mirarla,
se ennoblecería, o moriría.
Y cuando encuentra a alguien que es digno
de contemplarla, ése prueba su virtud,
pues se le vuelve salud lo que ella le da,

y tanta humildad le entrega, que toda ofensa olvida.
Y todavía Dios le ha concedido,
como excelente gracia, que no pueda
terminar mal quien le ha hablado.
Dice de ella Amor: «Algo mortal,
¿cómo puede ser tan hermoso y puro?».
Luego la mira, y jura para sí
que Dios pretendía hacer algo nuevo.
Tiene casi el color de las perlas, tal como
le conviene a una dama, no sin medida:
ella es cuanto de bien puede hacer la naturaleza;
y la hermosura se prueba con su ejemplo.
De sus ojos, según ella los mueva,
brotan espíritus inflamados de amor,
que hieren los ojos de quien la mira,
y de tal manera lo atraviesan, que cada uno alcanza
el corazón: vosotras veis Amor pintado
en su rostro, allí donde nadie puede mirarla
fijamente. Canción, yo sé que irás hablando
a muchas damas, luego que te envíe.
Te aconsejo ahora, porque te he educado
como hija de Amor, joven y sencilla,
que allí donde vayas, suplicando digas:
«Mostradme el camino, pues me envían
a aquella de cuya alabanza estoy adornada».
Y si no quieres andar en vano, no permanezcas
donde haya gente villana: procura, si puedes,
mostrarte sólo a damas y hombres corteses:
ellos te guiarán por el camino más rápido.

Junto a ella encontrarás a Amor;
encomiéndame a él, como debes hacer.

Esta canción, para que sea mejor comprendida, la dividiré más artificiosamente que las anteriores composiciones. Por ello, hago primero tres partes: la primera es el proemio de las palabras que siguen; la segunda es el propósito tratado; la tercera depende de las palabras que anteceden. La segunda empieza *Un ángel invoca*; la tercera, *Canción, yo sé que*. La primera parte se divide a su vez en cuatro: en la primera digo a quién quiero hablar de mi dama, y por qué quiero hablar; en la segunda digo qué pasa en mí cuando pienso en su valor, y cómo hablaría si no perdiese el atrevimiento; en la tercera digo cómo quiero hablar de ella, para no verme impedido por la vileza; en la cuarta, repitiendo a quiénes deseo hablar, explico la causa por la que les hablo. La segunda empieza *Digo*; la tercera, *Y no quiero hablar*; la cuarta, *damas y doncellas*. Después, cuando digo: *Un ángel invoca*, comienzo a tratar de esta dama. Y esta parte se divide en dos: en la primera digo lo que de ella se concibe en el cielo; en la segunda digo lo que de ella se concibe en la tierra, a partir de *Mi dama es deseada*. Esta segunda parte se divide en dos: en la primera hablo de ella en cuanto a la nobleza de su alma, refiriendo algo de las virtudes efectivas que proceden de su alma; en la segunda hablo de ella en cuanto a la nobleza de su cuerpo, refiriendo algo de su hermosura, a partir de *Dice de ella Amor*. Esta segunda parte se divide en dos: en la primera hablo de algunos de sus encantos considerando toda su persona; en la segunda hablo de algunos de sus encantos considerando determinada parte de su persona; y ésta empieza *De sus ojos*. Esta segunda parte se divide en dos: en la primera hablo de sus ojos, que son principio de amor; en la segunda hablo de su boca, que es fin de amor. Y para que desaparezca todo vicioso pensamiento, recuerde quien esto lee, cómo anteriormente se ha escrito que el saludo de esta dama, el cual consistía en un gesto de su boca, fue el fin de mis deseos

mientras lo pude recibir. Después, cuando digo: *Canción, yo sé que*, añado una estancia que hace de servidora de las otras, y en la que digo lo que espero de mi canción; ya que esta última parte es fácil de entender, no me entretengo en hacer más divisiones. Sé bien que para esclarecer el objeto de esta canción, sería conveniente servirse de divisiones más minuciosas; pero no obstante, no me disgustaría si la diese de lado quien no tiene tanto ingenio como para comprenderla por estas que hemos hecho, pues con todo, estoy seguro de comunicar a bastantes su sentido, si sucede que son muchos al cabo los que la oyen.

XX. Luego que esta canción comenzara a divulgarse entre las gentes, como la oyese un amigo mío, el deseo le hizo rogarme que le dijera qué es Amor, demostrando por las palabras que había oído una confianza en mí mayor de la que merecía. Por lo que yo, creyendo que después del anterior discurso me convenía hablar algo de Amor, y pensando que mi amigo era digno de ser servido, me propuse escribir algunas palabras en las que tratase de Amor; y entonces hice el soneto que empieza *Amor y noble corazón*.

Amor y noble corazón son la misma cosa,
tal como dice el sabio en su canción^[19],
y así no puede ser uno sin otro
como el alma racional sin la razón.
Naturaleza los hace cuando está enamorada;
Amor es su señor y el corazón su casa,
dentro de la cual durmiendo reposa,
a veces una corta, y otras, una larga estación.
La belleza aparece después en una discreta
dama, que agrada tanto a los ojos, que dentro
del corazón nace un deseo del objeto que agrada;
y a veces dura tanto en éste, que hace

que despierte el espíritu de Amor.

E igual hace en la dama el hombre de valía.

Este soneto se divide en dos partes: en la primera hablo de Amor en cuanto está en potencia; en la segunda hablo de él en cuanto de potencia se transforma en acto. La segunda empieza *La belleza aparece*. La primera se divide en dos: en la primera digo en qué sujeto se encuentra esta potencia; en la segunda digo cómo este sujeto y esta potencia se han transformado en ser, y cómo es uno respecto a otro como lo es la forma a la materia. La segunda comienza *Naturaleza los hace*. Luego cuando digo: *La belleza aparece*, hablo de cómo esta potencia se convierte en acto; primero cómo se transforma en el hombre, y luego cómo se transforma en la mujer: *E igual hace en la dama*.

XXI. Luego que traté de Amor en el anterior soneto, tuve el deseo de decir también, en alabanza de esta gentilísima, palabras en las que mostrase cómo por ella despierta este Amor, y cómo no sólo despierta allí donde duerme, sino cómo ella, obrando admirablemente, lo hace nacer también donde no está en potencia. Y escribí entonces el soneto que empieza *En los ojos mi dama*.

En los ojos mi dama lleva Amor, y se hace noble
todo lo que ella mira; por donde pasa,
todos los hombres hacia ella se vuelven,
y a quien saluda le hace temblar el corazón, por eso,
bajando la mirada, éste palidece enteramente,
y por todos sus defectos entonces suspira;
huyen delante de ella la soberbia y el orgullo.
Damas, ayudadme a honrarla.

Toda dulzura y todo humilde pensamiento
nacen en el corazón de quien la oye hablar,
por lo que es alabado quien antes la ha visto.

Lo que ella parece cuando un poco sonrío,
no se puede decir ni guardar en la memoria,
tan inusitado y noble es el prodigio.

Este soneto tiene tres partes: en la primera digo cómo mi dama convierte esa potencia en acto conforme a la nobilísima intervención de sus ojos; en la tercera digo lo mismo conforme a la nobilísima intervención de su boca; y entre estas dos partes hay una más pequeña, que hace de petición de ayuda a la parte que le antecede y a la siguiente, y que comienza *Damas, ayudadme*. La tercera comienza *Toda dulzura*. La primera se divide en tres: en la primera digo cómo por su virtud hace noble todo lo que mira, y esto es tanto como decir que incita a Amor en potencia allí donde no está; en la segunda digo cómo convierte a Amor en acto en los corazones de quienes mira; en la tercera digo lo que virtuosamente obra después en esos corazones. La segunda empieza *por donde pasa*; la tercera, *y a quien saluda*. Después, cuando digo: *Damas, ayudadme*, doy a entender a quién tengo intención de hablar, llamando a las damas para que me ayuden a honrarla. Después, cuando digo: *Toda dulzura*, repito lo mismo que está dicho en la primera parte, según dos gestos de su boca; uno de ellos es su dulcísimo hablar, y el otro, su admirable sonrisa; aunque no digo qué produce esta última en los corazones, puesto que la memoria no puede retener esa sonrisa ni sus efectos.

XXII. Pocos días después de esto, luego que quiso el glorioso Señor que no rehusó la muerte para sí, aquel que fuera el padre^[20] de tanta maravilla como mostraba ser la nobilísima Beatriz, dejando esta vida, marchó a la gloria eterna. Y así, puesto que tal separación es dolorosa para los que se quedan y han sido amigos del que se va, y no hay amistad más íntima que la del buen padre con el buen hijo y la del buen hijo con el buen padre, y esta dama tenía un altísimo grado de bondad, y su padre, así como creen

muchos y es cierto, era bueno en grado sumo, resulta evidente que esta dama sufrió con amargura un inmenso dolor. Y ya que, según la costumbre de la citada ciudad, las damas y los hombres se reúnen por separado en tales duelos, muchas damas se reunieron allí donde Beatriz lloraba piadosamente: y al ver que algunas volvían de estar con ella, oí que éstas hablaban de la gentilísima y de cómo ella se lamentaba; entre lo que decían escuché esto: «Ella llora de tal modo, que quien la mirase debería en verdad morir de pena». Después de pasar estas damas, yo quedé tan apenado, que a veces alguna lágrima bañaba mi rostro, por lo que a menudo yo cubría mis ojos con las manos; y si no fuese porque esperaba oír más de ella, pues estaba en un lugar por donde pasaba la mayor parte de las damas que venían de estar a su lado, me habría escondido nada más asaltarme las lágrimas. Y permaneciendo todavía en el mismo lugar, aún pasaron a mi lado otras damas, las cuales hablaban entre sí de esta manera: «¿Quién de nosotras volverá nunca a estar alegre, cuando hemos oído hablar con tanta tristeza a esta dama?». Tras éstas pasaron otras damas que iban diciendo: «Ese que está ahí llora ni más ni menos como si la hubiese visto igual que nosotras». Otras decían luego de mí: «¡Ved a ese que no parece él mismo de demudado que está!». Y así, mientras pasaban estas damas, oía hablar de ella y de mí del modo que se ha dicho. Por lo que yo, pensando en ello, me propuse escribir unas palabras, ya que tenía digno motivo para hacerlo, en las que incluyese todo lo que había oído a estas damas; y aunque les hubiera preguntado con gusto, si ello no me hubiese supuesto censura, tenía tanta materia para hablar como si les hubiera preguntado y ellas me hubiesen respondido. E hice estos dos sonetos: en el primero pregunto del mismo modo en que tuve deseos de preguntar; en el otro digo su respuesta, tomando lo que les oí como si me lo hubieran dicho respondiendo. Y el primero comienza *Vosotras que traéis humilde semblante*, y el otro, *¿Eres tú aquél que ha hablado*

a menudo...?

Vosotras que traéis humilde semblante,
con los ojos bajos, mostrando dolor,
¿de dónde venís que vuestro color
se ha hecho semejante al de la piedad?
¿Visteis a nuestra gentil dama
bañar a Amor de llanto en su rostro?
Decídmelo, damas, que el corazón me lo está
diciendo, pues os veo pasar sin gesto vil.
Y si venís de tanta piedad,
complaceos en quedar aquí conmigo un poco,
y no me ocultéis nada que se refiera a ella.
Veo que han llorado vuestros ojos,
y os veo volver tan apesadumbradas,
que sólo de ver esto el corazón me tiembla.

Este soneto se divide en dos partes: en la primera llamo a estas damas y les pregunto si vienen de verla, diciéndoles que así lo creo, pues se muestran ennoblecidas; en la segunda les ruego que me hablen de ella. La segunda comienza *Y si venís*.

Tal como antes hemos dicho, a este soneto le acompaña otro.

¿Eres tú aquél que ha hablado a menudo
de nuestra dama, conversando con nosotras?
En la voz te asemejas bastante a él,
pero tu aspecto parece distinto.
¿Y por qué lloras tan de corazón,
haciendo que los demás se compadezcan de ti?
¿La has visto llorar y por eso no puedes
ocultar tu doloroso sufrimiento?
Déjanos marchar llorando y entristecidas
(acaso peca quien nos consuela),

pues la oímos hablar mientras lloraba.

Ella tiene la piedad en su rostro tan a la vista,
que quien la hubiese querido mirar mientras
lloraba, habría muerto delante de ella.

Este soneto tiene cuatro partes, según los cuatro modos de hablar que tuvieron las damas por quienes respondo; y puesto que han sido suficientemente explicados más arriba, no me entretengo en referir el sentido de las partes, y por ello las distingo solamente. La segunda comienza *¿Y por qué lloras...?*; la tercera, *Déjanos marchar*; la cuarta, *Ella tiene*.

XXIII. Pocos días después de esto sucedió que en una parte de mi cuerpo me sobrevino una dolorosa enfermedad, por lo que soporté durante nueve días continuamente un amargo sufrimiento, el cual me produjo tanta debilidad, que hube de permanecer como aquellos que no pueden moverse. Y digo que en el noveno día, sintiendo un dolor casi intolerable, me asaltó un pensamiento que era sobre mi dama. Y cuando hube pensado algo en ella, y volví a pensar en mi debilitada vida, viendo qué ligero era su durar, aun cuando estuviese sana, empecé a llorar para mí por tanta miseria. Por lo que, suspirando fuertemente, me decía a mí mismo: «Necesariamente ha de ocurrir que la gentilísima Beatriz se muera algún día». Por ello fui presa de una turbación tan fuerte, que cerré los ojos y comencé a angustiarme como una persona frenética y a imaginar de este modo: en el principio de errar que hizo mi fantasía, aparecieron ante mí unos rostros de mujeres desgredadas, las cuales me decían: «Tú también morirás». Y después de estas mujeres, se me aparecieron diversos rostros horribles de ver, que me decían: «Tú estás muerto». Comenzando a errar de esta forma mi fantasía, llegué incluso a no saber ni dónde me encontraba; y me parecía ver a unas mujeres desgredadas que iban llorando por un camino, maravillosamente triste; y me parecía ver que el sol se oscurecía,

de modo que las estrellas mostraban un color por el que me hacían pensar que lloraban; y me parecía que los pájaros que volaban por el aire caían muertos, y que se producían grandísimos temblores de tierra. Y maravillado de tal fantasía, y muy asustado, me imaginé qué un amigo venía a decirme: «¿Todavía no lo sabes? Tu admirable dama ha dejado este mundo». Entonces comencé a llorar muy piadosamente; y no sólo lloraba en la imaginación, sino que lloraba con los ojos, bañándolos de verdaderas lágrimas. Imaginaba que mirando hacia el cielo, me parecía ver una multitud de ángeles, los cuales volvían hacia arriba y tenían delante de ellos una nubecilla blanquísima. Me parecía que estos ángeles cantaban gloriosamente, y las palabras de su canto me parecía que eran éstas: *Hosanna in excelsis*. Entonces me parecía como si el corazón, donde tanto amor había, me dijese: «Es cierto que yace muerta nuestra dama». Y entonces me parecía ir a ver el cuerpo en que había estado aquella santa y nobilísima alma; y fue tan fuerte la errada fantasía, que llegó a mostrarme a esta dama muerta: y me parecía que unas mujeres le cubrían la cabeza con un blanco velo; y me parecía que su cara tenía tal aspecto de humildad, que parecía decir: «Voy a ver el principio de la paz». En esta imaginación, me invadió tanta humildad por haberla visto, que yo llamaba a la Muerte y le decía: «Dulcísima Muerte, ven a mí, y no seas descortés, pues debes ser gentil viniendo de tal parte. Ven a mí ahora, que mucho te deseo, como lo ves, pues llevo ya tu color». Y cuando había visto cumplir todos los dolorosos oficios que se acostumbra a hacer a los cuerpos de los muertos, me parecía volver a mi alcoba, y allí me parecía mirar hacia el cielo; y tan fuerte era mi imaginación, que llorando comencé a decir con verdadera voz: «¡Oh, alma hermosísima, qué bienaventurado es quien te ve!». Y cuando decía estas palabras entre tristes sollozos, e invocaba a la Muerte para que viniese a mí, una dama, noble y joven, que estaba junto a mi

lecho, creyendo que mi llanto y mis palabras se debían solamente al dolor de mi enfermedad, empezó a llorar muy asustada. Por lo cual, otras damas que estaban en la habitación advirtieron que yo lloraba por el llanto que veían en la otra; y apartando de mi lado a ésta, que estaba unida a mí por un parentesco muy próximo, se acercaron ellas para despertarme, pensando que yo soñaba, y me dijeron: «Deja de dormir; no te aflijas». Y hablándome de esta manera, cesó en mí aquella triste fantasía cuando yo quería decir: «¡Oh, Beatriz, bendita seas!»; y había dicho ya: «¡Oh, Beatriz!», cuando despertando abrí los ojos y me di cuenta de que estaba engañado. Y pese a llegar a decir ese nombre, mi voz salía tan rota por el sollozo del llanto, que estas damas no me pudieron entender, según creo; y aunque yo me avergonzaba mucho, sin embargo, por admonición de Amor me volví hacia ellas. Y cuando me vieron, empezaron a decir: «Parece un muerto», y decían entre ellas: «Procuremos consolarlo»; por lo que me dirigían muchas palabras para consolarme, y a veces me preguntaban de qué había tenido miedo. Al cabo, habiéndome recuperado un poco, y siendo consciente de la falaz imaginación, les respondí: «Os diré lo que me ha pasado». Entonces les dije de principio a fin lo que había visto, callando el nombre de mi gentilísima dama. Así que luego, libre de esta enfermedad, me propuse escribir sobre lo que me había sucedido, pues parecía que era cosa grata de oír; y escribí sobre ello la canción que empieza *Una dama piadosa y joven*, y que está ordenada como refiere la infrascrita división.

Una dama piadosa y joven,
vestida de toda gentileza humana, que estaba allí,
donde yo invocaba muchas veces a la Muerte,
viendo mis ojos llenos de piedad
y oyendo mis vanas palabras,
se puso asustada a llorar fuertemente.

Y otras damas, que repararon
en mí por la que conmigo lloraba,
la hicieron apartarse,
y se acercaron para reanimarme.
Una decía: «No duermas»,
y otra: «¿Por qué te afliges tanto?».
Entonces dejé mi nueva fantasía,
cuando invocaba el nombre de mi dama.
Mi voz era tan doliente
y salía tan rota por la angustia del llanto,
que yo sólo entendí el nombre en mi corazón;
y con el aspecto de vergüenza
que había sometido a mi rostro,
me hizo Amor volverme hacia ellas.
Tal color se mostraba en mí,
que hacía a los otros pensar en la muerte:
«¡Oh, consolémosle!»,
rogaban unas a otras;
y decían a menudo:
«¿Qué has visto, que has perdido el valor?».
Y cuando me sentí más recuperado
dije: «Damas, os lo diré.
Mientras pensaba en mi frágil vida,
y veía cómo de breve es su durar,
lloró Amor en mi corazón, donde habita,
pues mi alma se hallaba tan perdida,
que suspirando decía en el pensamiento:
—Un día ha de morir mi dama.
Tuve tal turbación entonces, que cerré

mis ojos miserablemente oprimidos,
y se desalentaron tanto
mis espíritus, que iban errantes;
y luego, imaginando
fuera de verdad y conocimiento,
irritados rostros de mujer se me aparecieron,
que también me decían: —Morirás, morirás.
Después vi muchas cosas terribles
en el vano imaginar en que me perdí;
y me parecía estar no sé en qué sitio,
y ver mujeres que por la calle iban desceñidas,
unas llorando, lamentándose otras,
y que lanzaban ardientes rayos de tristeza.
Luego me pareció ver cómo lentamente
se oscurecía el sol y aparecía la estrella,
y cómo ambos lloraban;
caer a los pájaros que iban por el aire,
y temblar la tierra;
y aparecía un hombre débil y pálido,
que me dijo: —¿Qué haces? ¿No sabes la nueva?
Ha muerto tu dama, que era tan hermosa.
Alzaba mis ojos bañados en lágrimas,
y veía los ángeles que regresaban hacia lo alto
del cielo, semejantes a una lluvia de maná,
y delante tenían una nubecilla,
detrás de la cual todos gritaban: *Hosanna*;
y si hubiesen dicho algo más, os lo diría.
Entonces dijo Amor: —No te lo oculto más;
ven a ver a nuestra dama que yace.

La falaz imaginación
me condujo a ver a mi dama muerta;
y cuando la vi,
unas damas la cubrían con un velo;
y ella tenía en sí humildad tan verdadera,
que parecía decir: —Estoy en paz.
Tan humilde me volvía aquel dolor,
y veía en ella humildad tan perfecta,
que dije: —Muerte, muy dulce te considero;
debes ahora ser noble,
ya que has estado en mi dama,
y debes tener piedad y no desdén.
Mira que vengo con un deseo tan grande
de ser de los tuyos, que me asemejo a ti por mi fe.
Ven, que el corazón te llama.
Luego me iba, consumado todo duelo;
y cuando quedé solo,
dije mirando hacia el alto Reino:
—¡Bienaventurado quien te ve, alma bella!
Y entonces vos me despertasteis, vuestra merced».

Esta canción tiene dos partes: en la primera digo, hablando a una persona indeterminada, cómo ciertas damas me sacaron de una vana fantasía, y cómo les prometí contársela; en la segunda digo cómo les hablé. La segunda empieza *Mientras pensaba*. La primera parte se divide en dos: en la primera digo cuanto varias damas, y una sola, dijeron e hicieron debido a mi fantasía antes de que yo retornase a mi verdadero estado; en la segunda digo lo que estas damas me dijeron luego que dejé aquel desvarío; y esta parte comienza *Mi voz era*. Después, a partir de: *Mientras pensaba*, digo cómo les conté mi visión. Y acerca de esto hago dos partes:

en la primera enuncio por orden esta fantasía; en la segunda, diciendo en qué momento me despertaron, les doy las gracias veladamente; y esta parte comienza *Y entonces vos*.

XXIV. Un día, después de este vano ensueño, sucedió que mientras me hallaba pensativo, sentado en cierto lugar, sentí cómo se iniciaba un temblor en mi corazón, como si me hubiese hallado en presencia de esta dama. Declaro que entonces me sobrevino una visión de Amor; y me pareció verlo venir de donde mi dama estaba, y que decía alegremente en mi corazón: «Piensa en bendecir el día en que yo te tomé, puesto que debes hacerlo». Y en verdad me parecía tener el corazón tan alegre, que no parecía ser mi corazón, a causa de su nuevo estado. Y poco después de estas palabras, que el corazón me dijo con el lenguaje de Amor, vi venir hacia mí a una noble dama, cuya belleza era muy conocida, y que había sido la dama muy amada de mi primer amigo^[21]. Y el nombre de esta dama era Juana, aunque por su belleza, según piensan todos, se le había impuesto el nombre de Primavera; y así era llamada. Y detrás de ella, vi que venía la admirable Beatriz. Estas damas pasaron junto a mí una tras otra, y me pareció que Amor me hablaba en el corazón, y decía: «La primera es llamada Primavera sólo por la venida de hoy, pues yo moví a quien le puso ese nombre a llamarla así, Primavera, esto es, primero vendrá^[22] el día que Beatriz se muestre después de la visión de su vasallo. Y si quieres considerar también su primer nombre, es tanto como decir “primero vendrá”, ya que su nombre de Juana es por el de Juan, aquel que precedió a la luz verdadera y dijo: *Ego vox clamantis in deserto: parate viam Domini*^[23]». Y después me pareció oírle decir también estas palabras: «Y quien quisiese considerarlo sutilmente, llamaría Amor a Beatriz, por la mucha semejanza que tiene conmigo». Por lo que yo, volviendo a pensar en esto, me propuse escribir en rima a mi primer amigo (callándome ciertas palabras que me parecía conveniente callar), creyendo que su corazón

contemplaba todavía la belleza de esta gentil Primavera; e hice el soneto que empieza *Yo sentía que despertaba*.

Yo sentía que despertaba dentro de
mi corazón un espíritu amoroso que dormía:
y luego vi venir desde lejos a Amor:
estaba tan alegre, que apenas lo conocí,
y me dijo: «Piensa ahora en honrarme»;
y a cada palabra suya se reía.
A poco de estar conmigo mi señor,
mirando por donde él había venido,
vi a mi dama Vanna y a mi dama Bice^[24]
venir hacia el lugar donde me encontraba:
y eran una maravilla tras de otra;
y así como la mente me lo repetía,
Amor me lo dijo: «Aquélla es Primavera,
y aquella otra se llama Amor, tanto se me parece».

Este soneto tiene muchas partes: la primera de ellas dice cómo sentí que despertaba en mi corazón el temblor acostumbrado, y cómo me pareció que Amor de lejos se me aparecía alegre en mi corazón; la segunda dice cómo me parecía que Amor me hablaba en mi corazón, y qué me parecía; la tercera dice cómo, después que así estuviera él un poco conmigo, vi y oí ciertas cosas. La segunda parte comienza y *me dijo*: «*Piensa ahora...*»; la tercera, *A poco de estar*. La tercera parte se divide en dos: en la primera digo lo que vi; en la segunda digo lo que oí. La segunda comienza *Amor me lo dijo*.

XXV. Podría dudar aquí alguien merecedor de que toda duda se le explicara, y podría dudar de esto, a saber, que hablo de Amor como si fuese algo por sí mismo, y no sólo sustancia inteligente, sino como si fuera sustancia corporal: cosa que, a decir verdad, es falsa; pues Amor no es por sí sustancia, sino que es un

accidente en la sustancia. Y que yo hable de él como si fuese un cuerpo, incluso como si fuese hombre, parece por tres cosas que digo de él. Digo que lo vi venir, por lo cual, ya que venir expresa cambio de lugar, y solamente los cuerpos, según el Filósofo^[25], pueden cambiar de sitio, parece que yo considero que Amor es un cuerpo. También digo de él que reía, e incluso que hablaba; cosas ambas que parecen ser propias del hombre, y especialmente tener la capacidad de reír; y por eso parece que lo considero hombre. Para explicar tal cosa, según lo que al presente conviene, debe saberse primero que antiguamente no había poetas de amor en lengua vulgar^[26]; más bien, hubo ciertos poetas de amor en lengua latina; entre nosotros, digo, aunque quizá entre otras gentes ocurría, o todavía ocurre, como en Grecia, que no poetas en lengua vulgar, sino instruidos, trataban estos temas. Y no han pasado muchos años desde que por primera vez aparecieran estos poetas en lengua vulgar; pues escribir rimado en vulgar es tanto como hacerlo con versos en latín, conforme a una proporción. E indicio de que hace poco tiempo, es que si queremos buscar en la lengua de *oc* y en la de *si*, no encontramos cosas que hayan sido dichas antes de ciento cincuenta años atrás. Y la causa por la que algunos hombres toscos tuvieron fama de saber decir con rima es que casi fueron los primeros en hacerlo en lengua de *si*. Y el primero que comenzó a decir como poeta vulgar lo hizo porque quería hacerse entender por una dama, a la cual le era difícil comprender los versos latinos. Y esto es contrario a los que riman sobre otra materia que la amorosa, ya que tal manera de hablar fue ideada desde un principio para tratar de amor. Por lo cual, puesto que a los poetas les es concedida mayor licencia en el decir que a los que escriben en prosa, y estos que dicen con rimas no son otra cosa que poetas en lengua vulgar, es razonable y conveniente que a ellos se les otorgue mayor licencia en el decir que a los demás que escriben en lengua vulgar: de donde, si

alguna figura o expresión retórica se concede a los poetas, ésta les es concedida a los rimadores. Por lo tanto, si vemos que los poetas han hablado a las cosas inanimadas, como si éstas tuviesen sentidos y razón, y las han hecho hablar en general; y no solamente a las cosas reales, sino también a las irreales, esto es, que han dicho que hablan cosas que no existen, y que muchos accidentes hablan, como si fueran sustancias y hombres; justo es que pueda el rimador hacer lo mismo, pero no sin plan alguno, sino con razonamiento que luego sea susceptible de ser explicado en prosa. Que los poetas hayan hablado de la forma en que se ha dicho, se ve en Virgilio cuando, en el primer libro de la *Eneida*, dice que Juno, esto es, una diosa enemiga de los troyanos, habló a Eolo, señor de los vientos: *Eole, nanque tibi*, y que este señor le respondió: *Tuus, o regina, quid optes explorare labor; michi iussa capessere fas est*. En este mismo poeta habla la cosa que no es animada a las cosas animadas, así en el tercer libro de la *Eneida*: *Dardanide duri*. En Lucano habla la cosa animada a la cosa inanimada: *Multum, Roma, tamen debes civilibus armis*. En Horacio habla el hombre a la ciencia misma como si se tratase de una persona; y no sólo son palabras de Horacio, sino que él las dice, en su *Poética*, recordando el gran Homero: *Dic michi, Musa, virum*. En Ovidio habla Amor, como si fuese humano, en el comienzo del libro que tiene por nombre *Libro del Remedio de Amor*. *Bella michi, video, bella parantur, ait*^[27]. Esta explicación puede ayudar a quien duda sobre alguna parte de este librito mío. Y para que por esto no se arme de audacia cualquier ignorante, diré que ni los poetas hablaban así sin razón, ni los rimadores deben hablar sin tener razonamiento alguno en sí de las cosas que dicen; pues gran vergüenza sería para quien rimase bajo adorno de figura o de color retórico, si interpelado después, no supiera despojar a sus palabras de tal ropaje, de modo que fuesen verdaderamente comprendidas. Y mi primer amigo^[28] y yo sabemos que esto les sucede a muchos que riman

alocadamente.

XXVI. Esta gentilísima dama, de quien se ha tratado con anterioridad, llegó a ser tan admirada por las gentes, que cuando pasaba por la calle, las personas corrían para verla; por lo que yo sentía un maravilloso regocijo. Y cuando ella estaba cerca de cualquiera, tanta honestidad cubría el corazón de éste, que no se atrevía a levantar los ojos ni a responder a su saludo; y de ello, muchos, como lo han probado, podrían dar testimonio a quien no lo creyese. Caminaba coronada y vestida de humildad, sin mostrar vanidad alguna por lo que ella veía y escuchaba. Muchos decían después que hubiese pasado: «Ésta no es mujer, sino que es uno de los más bellos ángeles del cielo». Y otros decían: «Ésta es una maravilla. ¡Bendito sea el Señor, que tan admirablemente sabe hacer!». Digo que ella se mostraba tan gentil y tan llena de todos los dones, que quienes la miraban concebían en sí una dulzura honesta y delicada, de tal naturaleza, que no la sabían referir; y ninguno había que pudiese mirarla y que al instante no le fuera necesario suspirar. Estas y otras cosas admirables procedían de ella virtuosamente; por lo que yo, pensando en esto y queriendo proseguir el librito de su alabanza, me propuse escribir unas palabras en las que diese a entender sus admirables y excelentes efectos, para que no sólo quienes la podían ver, sino todos los demás, supiesen de ella lo que las palabras pueden dar a entender. Entonces escribí el soneto que empieza *Tan noble*.

Tan noble y tan honesta parece
mi dama cuando a alguien saluda,
que toda lengua temblando, enmudece,
y los ojos no se atreven a mirarla.
Ella se va, oyéndose alabada,
benignamente de humildad vestida;
y parece ser algo que ha venido
del cielo a la tierra a manifestar un milagro.

Se muestra tan agradable a quien la mira,
que lleva por los ojos una dulzura al corazón,
que no puede entender quien no la prueba;
y de sus labios parece salir
un suave espíritu lleno de amor,
que va diciéndole al alma: «Suspira».

Este soneto es tan sencillo de entender, por todo lo que se ha referido antes, que no precisa de división alguna; por esto, dejándolo de lado, [XXVII] digo que mi dama llegó a tal estado de gracia, que no solamente ella era honrada y alabada, sino que incluso muchas otras damas eran alabadas y honradas por su causa. Por lo que, viéndolo yo y queriéndolo manifestar a quien no lo veía, me propuse igualmente escribir unas palabras en las que esto se hiciese saber; entonces escribí este otro soneto, que comienza *Ve perfectamente toda salud*, y que refiere de ella cómo su virtud influía en las otras, como aparece en la división.

Ve perfectamente toda salud
quien ve entre las damas a mi dama;
las que van con ella deben
agradecer a Dios favor tan alto.
Y su belleza tiene tanta virtud,
que no provoca envidia alguna en las otras,
sino que les hace marchar junto a ella
vestidas de gentileza, de amor y de fe.
Su vista vuelve humilde toda cosa;
y no hace que parezca sólo ella agradable,
sino que todas reciben honor por ella.
Y es tan gentil en sus actos,
que nadie puede recordarla
sin suspirar dulcemente de amor.

Este soneto tiene tres partes: en la primera digo entre qué personas parecía más admirable mi dama; en la segunda digo cómo eran de hermosas sus acompañantes; en la tercera hablo de los efectos que obraba virtuosamente en las demás. La segunda parte comienza *las que van*; la tercera, *Y su belleza*. Esta última parte se divide en tres: en la primera digo cuáles eran sus efectos en las damas en lo que se refiere a ellas mismas; en la segunda, cuáles eran sus efectos en las damas en lo que se refiere a los otros; en la tercera digo cómo no sólo en las damas, sino en las demás personas, y no solamente estando en su presencia, sino incluso recordándola, admirablemente influía. La segunda empieza *Su vista*; la tercera, *Y es tan gentil en sus actos*.

XXVII [XXVIII]. Después de esto, cierto día me puse a pensar sobre lo que había dicho de mi dama en los dos sonetos precedentes; y viendo en mi pensamiento que yo no había hablado de lo que al presente influía en mí, me parecía haber hablado de modo imperfecto. Por eso, me propuse escribir unas palabras en las que dijese cómo me parecía estar dispuesto a su influjo, y cómo actuaba en mí su virtud; y no creyendo que pudiese referirlo con la brevedad de un soneto, comencé una canción, cuyo inicio es: *Tanto tiempo*.

Tanto tiempo me ha poseído Amor
y me ha acostumbrado tanto a su señorío,
que si antes era duro para mí,
habita ahora dulcemente en mi corazón.
Sin embargo, cuando me quita de tal modo el valor,
que las facultades parecen abandonarme,
siente mi frágil alma tanta
dulzura, que el rostro palidece;
después cobra Amor tanto poder sobre mí,
que hace moverse a mis espíritus,

y salir afuera invocando el nombre
de mi dama, para que me dé más salud.
Esto me sucede doquiera ella me ve,
y es tan humilde cosa, que no se cree.

XXVIII [XXIX]. *Quomodo sedet sola civitas plena populo! facta est quasi vidua domina gentium*^[29]. Me encontraba todavía en el propósito de esta canción, y había completado la anterior estancia, cuando el Señor de la justicia llamó a la gentilísima a estar en la gloria bajo la enseña de la bendita Virgen María, cuyo nombre fue siempre muy reverenciado en las palabras de la bienaventurada Beatriz. Y aunque tal vez agradecería tratar al presente algo de su partida, no es mi intención hacerlo por tres razones: la primera es que ello no se corresponde al propósito presente, si tenemos en cuenta el proemio que abre este librito; la segunda es que, aunque correspondiera al presente propósito, mi lengua no alcanzaría a tratar esto como se merece; la tercera es que, aunque lo uno y lo otro no fuese suficiente, no me conviene tratarlo, porque al hacerlo tendría por fuerza que alabarme a mí mismo, y esto último debe ser censurado en quien lo hace; por eso dejo tal disertación a otro glosador. No obstante, ya que muchas veces el número nueve ha tenido un sitio entre lo que se ha dicho anteriormente, y no sin causa, según parece, y en su partida tal número aparenta tener un lugar de importancia, conviene, por consiguiente, decir de ello alguna cosa, dado que eso sí parece ajustarse al propósito. Por lo que primero diré qué lugar ocupó en su partida, y después señalaré alguna razón por la que este número fue tan amigo de ella.

XXIX [XXX]. Digo que, según la usanza de Arabia, su nobilísima alma partió en la primera hora del noveno día del mes; y según la usanza de Siria, partió el noveno mes del año, pues el primer mes es allí Tischri primero, que para nosotros es Octubre; y según nuestra usanza, partió^[30] en el año de nuestra indicción, esto es,

de los años del Señor, en que el perfecto número se había cumplido nueve veces en la centena en que ella fue puesta en este mundo, habiendo sido ella de los cristianos en la decimotercera centena. De por qué este número era tan amigo de ella, ésta podría ser una razón: ya que, según Tolomeo y según la verdad cristiana, son nueve los cielos móviles, y, según la opinión común de los astrólogos, los citados cielos influyen aquí abajo según su posición conjunta, este número fue amigo de ella para dar a entender que en su nacimiento los nueve cielos móviles se hallaban concertados. Ésta es una razón; pero pensando más sutilmente, y según la infalible verdad, este número fue ella misma; por similitud digo, y lo entiendo así: el número tres es la raíz del nueve, ya que, sin ningún otro número, por sí mismo hace al nueve. Por consiguiente, si el tres es por sí mismo factor del nueve, y el factor por sí mismo de los milagros es tres, a saber, Padre, Hijo y Espíritu Santo, los cuales son tres y uno, esta dama fue acompañada del número nueve para dar a entender que ella era un nueve, esto es, un milagro, cuya raíz, la del milagro, es solamente la admirable Trinidad. Acaso una persona más sutil vería en esto una razón más sutil aún; pero ésta es la que yo veo, y la que más me place.

XXX [XXXI]. Luego que ella partió de este mundo, la ciudad mencionada quedó como viuda, despojada de toda dignidad; por lo que yo, llorando aún en esta desolada villa, escribí a los príncipes de la tierra algo acerca de su condición, tomando aquel comienzo del profeta Jeremías que dice: *Quomodo sedet sola civitas*. Y digo esto para que nadie se sorprenda de que yo lo haya citado más arriba, casi como preludio de la nueva materia que viene después. Y si alguno quisiera censurarme, porque no escribo aquí las palabras que siguen a la citadas, me excuso de ello, ya que mi intención no fue otra desde un principio que escribir en lengua vulgar; y así, como las palabras que siguen a las citadas son todas latinas, me saldría de mi propósito si las

escribiese. E idéntica intención sé que tuvo mi primer amigo, para quien esto escribo, es decir, que yo le escribiese solamente en lengua vulgar.

XXXI [XXXII]. Luego que mis ojos hubieron llorado por algún tiempo, y tan fatigados estaban que no podían desahogar mi tristeza, quise desahogarla con algunas palabras dolorosas, y para ello me propuse hacer una canción, en la que, llorando, hablase de aquélla por quien tanto dolor destruía mi alma; e inicié una canción que empieza *Los afligidos ojos por piedad*. Y para que esta canción parezca quedar más viuda después de que concluya, la dividiré antes de escribirla; e igual haré de aquí en adelante.

Digo que esta afligida canción tiene tres partes: la primera es proemio; en la segunda hablo de ella; en la tercera hablo a la canción piadosamente. La segunda parte empieza *Beatriz se ha ido*; la tercera, *Piadosa canción mía*. La primera parte se divide en tres: en la primera digo qué me mueve a hablar; en la segunda digo a quién quiero hablar; en la tercera digo de quién quiero hablar. La segunda empieza *Y porque recuerdo*; la tercera, *y hablaré*. Después, cuando digo: *Beatriz se ha ido* hablo de ella; y acerca de esto hago dos partes: primero digo la razón por la que nos fue arrebatada; después digo cómo los demás lloran su marcha, y esta parte comienza, *El alma gentil se separó*. Esta parte se divide en tres: en la primera digo quién no la llora; en la segunda digo quién la llora; en la tercera hablo de mi condición. La segunda empieza, *pero le asaltan la tristeza y el deseo*; la tercera, *Fuerte angustia*. Después, cuando digo: *Piadosa canción mía*, hablo a esta canción, indicándole a qué damas debe ir, y que se esté con ellas.

Los afligidos ojos por piedad del corazón
tanto han padecido la pena de llorar,
que han quedado al fin vencidos.
Ahora, si quiero desahogar el dolor,

que poco a poco me lleva hacia la muerte,
tendré que hablar suspirando.
Y porque recuerdo que hablé
de mi dama, cuando ella vivía,
gustosamente con vosotras, nobles damas,
no quiero hablar a los demás,
sino al noble corazón que vive en una dama;
y hablaré llorando de ella,
que al cielo se ha ido súbitamente,
dejando a Amor doliente a mi lado.
Beatriz se ha ido al alto cielo,
al reino donde los ángeles tienen paz,
y está con ellos, y a vosotras, damas, os ha dejado:
no nos la arrebató la cualidad del frío
ni la del calor, como les sucede a otras,
sino su gran benignidad solamente;
pues la luz de su humildad
cruzó los cielos con tanta fuerza,
que hizo maravillarse al Señor eterno,
de modo que tuvo el deseo
de llamar a su lado a tanta salud;
y la hizo ir a Él desde aquí abajo,
porque veía que esta oscura vida
no era digna de un ser tan noble.
El alma gentil se separó
de su hermosa persona llena de gracia,
y habita gloriosa en un digno lugar.
Quien no la llora cuando habla de ella
tiene un corazón de piedra, tan vil y malvado,

que en él no puede entrar espíritu benigno.
No hay alto ingenio de corazón tan villano,
que pueda imaginarse algo de ella
y no llorar de dolor:
pero le asaltan la tristeza y el deseo
de suspirar y de morir de llanto,
despojando de todo consuelo al alma
a quien ve en el pensamiento cómo era ella,
y cómo nos fue arrebatada.
Fuerte angustia me dan los suspiros,
cuando un grave pensamiento
me trae a la mente a la que me ha partido el corazón:
y muchas veces, cuando pienso en la muerte,
noto un deseo tan dulce,
que el color del rostro me cambia.
Y cuando imagino fijamente,
me asalta por todas partes tanta pena,
que me sobresalto por el dolor que siento;
y tal me vuelvo, que la vergüenza me
aparta de las gentes.
Después, llorando, solo en mi lamento
llamo a Beatriz, y digo: «¿Ya estás muerta?»;
y mientras la invoco, me consuela.
Llorar de dolor y suspirar de angustia
destroza mi corazón cuando me encuentro solo,
de suerte me tendría lástima quien me oyera:
y qué ha sido mi vida, luego de
que mi dama marchara a la vida eterna,
no hay lengua que lo sepa decir:

por ello, mis damas, aunque yo quisiera,
no os sabría decir bien lo que soy,
tanto me hace sufrir la acerba vida,
que se ha envilecido de tal manera,
que todos parecen decirme:
«Te abandono», viendo mi rostro mortecino.
Pero lo que soy lo ve mi dama,
y espero aún merced de ella.
Piadosa canción mía, ve ahora llorando,
y busca a las damas y doncellas
a quienes tus hermanas
solían llevar regocijo;
y tú, que eres hija de la tristeza,
ve desolada a estar con ellas.

XXXII [XXXIII], Luego que fue escrita esta canción, vino a mí quien, según los grados de la amistad, es mi amigo^[31] inmediatamente después del primero; y éste era pariente tan cercano de mi gloriosa dama, que ningún otro lo era más próximo. Y luego que llegó para conversar conmigo, rogóme que le escribiese alguna cosa sobre una dama que había muerto; y simulaba con sus palabras, para parecer que hablaba de otra, la cual ciertamente había muerto: por lo que yo, advirtiendo que éste hablaba sólo de la bendita, le dije que haría lo que me había pedido. Y así, pensando en ello después, me propuse hacer un soneto en el que me lamentase un poco, y dárselo a mi amigo, para que pareciese que lo había hecho por él; y escribí entonces el soneto que empieza *Venid a escuchar mis suspiros*, y que tiene dos partes: en la primera llamo a los vasallos de Amor para que me escuchen; en la segunda hablo de mi mísera condición. La segunda empieza *salen desconsolados*.

Venid a escuchar mis suspiros,

nobles corazones, pues la piedad lo desea:
salen desconsolados,
y si no salieran, moriría de dolor,
ya que los ojos me serían culpables,
muchas más veces de lo que quisiera,
¡ay de mí!, de llorar a mi dama,
pues desahogarían el corazón llorándola.
Los oiréis llamar a menudo
a mi noble dama, que se ha ido
al mundo que es digno de sus virtudes;
y despreciar a veces esta vida
en nombre del alma doliente
abandonada de su salud.

XXXIII [XXXIV]. Luego que hube escrito este soneto, pensando en quién era al que debía dárselo como hecho por él, vi que el favor me parecía pobre y desnudo para un pariente tan cercano de mi gloriosa dama. Por lo cual, antes de darle este soneto, hice dos estancias de una canción, una realmente para él, y otra para mí, aunque una y otra, para quien no las mira sutilmente, parecen dirigidas a la misma persona; pero quien sutilmente las mira advierte con facilidad que hablan personas distintas, ya que una no llama a aquélla su dama, y la otra sí, como claramente aparece. Le di esta canción y el soneto anterior, diciéndole que los había hecho sólo por él.

La canción empieza *Cuantas veces*, y tiene dos partes: en una, esto es, en la primera estancia, se lamenta mi querido amigo y pariente cercano de ella; en la segunda me lamento yo, esto es, en la otra estancia, que empieza *Se recoge en mis*. Y así resulta que en esta canción se lamentan dos personas: una se lamenta como hermano, y otra como siervo.

Cuantas veces recuerdo, ¡ay de mí!,

que no veré nunca más
a la dama por la que voy así de afligido,
tanto dolor junta en mi corazón
la dolorosa mente,
que digo: «Alma mía, ¿por qué no marchas?
Pues los tormentos que sufrirás
en este mundo, ya tan odioso para ti,
me hacen meditar con gran temor».
Por lo que llamo a la Muerte,
como mi suave y dulce reposo,
y digo «Ven a mí», tan amorosamente,
que siento envidia de los que mueren.
Se recoge en mis suspiros
una voz de piedad,
que siempre invoca a la Muerte:
hacia ella se vuelven todos mis deseos,
desde que mi dama
fue alcanzada por su crueldad;
porque el placer de su belleza,
alejándose de nuestra vista,
se ha hecho alta belleza espiritual,
que difunde por el cielo
una luz de amor que a los ángeles saluda,
y sutilmente hace que se asombre,
tan gentil es, su elevado intelecto.

XXXIV [XXXV]. El día en que se cumplía el año desde que esta dama pasase a formar parte de los ciudadanos de la vida eterna, yo estaba sentado en cierto lugar, donde, acordándome de ella, dibujaba un ángel sobre unas tablillas; y mientras yo lo dibujaba, volví los ojos, y vi a mi lado a unos hombres a quienes se debía

honrar. Éstos miraban lo que yo hacía; y según lo que luego se me dijo, estuvieron allí algún tiempo antes de que yo lo advirtiese. Cuando los vi, me levanté, y saludándolos, dije: «Otro estaba hace poco conmigo, por eso pensaba». Y una vez que éstos se marcharon, volví a mi tarea, esto es, a dibujar figuras de ángeles; y mientras lo hacía tuve el deseo de decir unas palabras, como de aniversario, y dirigirme a quienes se habían acercado a mí; y escribí entonces el soneto que empieza *Había venido*, el cual tiene dos comienzos, y por eso lo dividiré según uno y según otro.

Digo que según el primero este soneto tiene tres partes: en la primera digo que esta dama estaba en ese momento en mi memoria; en la segunda digo lo que Amor por eso me hacía; en la tercera hablo de los efectos de Amor. La segunda comienza *Amor; que*; la tercera, *Llorando salían*. Esta parte se divide en dos: en la primera digo que todos mis suspiros salían hablando; en la segunda digo que algunos suspiros decían distintas palabras que otros. La segunda comienza *Pero los que*. Del mismo modo se divide según el otro comienzo, salvo que en la primera parte digo cuándo esta dama había venido así a mi memoria, y esto no lo digo en el otro.

PRIMER COMIENZO

Había venido a mi memoria
la noble dama que a causa de su valor
fue puesta por el Señor altísimo
en el cielo de la humildad, donde está María.

SEGUNDO COMIENZO

Había venido a mi memoria
la noble dama por quien llora Amor,
en aquel punto en que su valor
os trajo a mirar lo que yo hacía.

Amor, que la sentía en la mente,
había despertado en el destrozado corazón,
diciendo a los suspiros: «Marchaos fuera»;
por lo que cada uno íbase doliente.
Llorando salían de mi pecho
con una voz que a menudo lleva
dolorosas lágrimas a los ojos tristes.
Pero los que salían con mayor pena
iban diciendo: «Oh, noble intelecto,
hoy hace un año que subiste al cielo».

XXXV [XXXVI]. Algún tiempo después, como quiera que me hallase en un lugar donde recordaba el tiempo pasado, muy abatido estaba, y con tan dolorosos pensamientos, que por fuera aparentaba un aspecto de terrible turbación. Por lo que yo, dándome cuenta de mi pensar, alcé los ojos para ver si alguien me veía. Vi entonces una noble dama, joven y muy hermosa, que me miraba desde una ventana tan compasivamente, que parecía que toda la piedad se había juntado en ella. Y ya que los desdichados, cuando ven que los demás se compadecen de ellos, antes empiezan a llorar, como si de sí mismos se apiadasen, sentí entonces que mis ojos querían echarse a llorar; por lo que, temiendo mostrar mi desolada vida, me aparté de la mirada de esta noble dama, y luego dije para mí: «No puede ser que con esa piadosa dama no esté el nobilísimo amor». Y por esto me propuse hacer un soneto, en el que le hablase, y resumiese todo lo que se ha referido en esta razón. Y puesto que por esta razón resulta bastante claro, no lo dividiré. El soneto empieza *Vieron mis ojos*.

Vieron mis ojos cuánta piedad
había aparecido en vuestro semblante,
cuanto mirasteis mi aspecto y los gestos

que a menudo hago a causa del dolor.
Entonces me di cuenta de que vos pensabais
en el estado de mi oscura vida,
y en el corazón temí mostrar
mi vileza con los ojos.
Me aparté de vuestra mirada, sintiendo
que las lágrimas brotaban de mi corazón,
que se había conmovido al veros.
Luego decía yo en mi triste alma:
«Bien puede estar con esa dama aquel Amor
que me hace andar así llorando».

XXXVI [XXXVII]. Sucedió después que, allá donde esta dama me viese, mostraba un semblante piadoso y de un color pálido como de amor, por lo que a menudo me recordaba a mi nobilísima dama, que siempre se mostraba con un color semejante. Y muchas veces no pudiendo llorar ni desahogar mi tristeza, yo iba a ver a esta piadosa dama, que parecía con su sola vista arrancar las lágrimas de mis ojos. Y por esto tuve deseos de decir unas palabras, hablándole a ella, y escribí el soneto que comienza *Color de amor*, el cual, por la razón precedente, se puede comprender sin ser dividido.

Color de amor y de piedad semblante
no tomaron jamás tan admirablemente
rostro de dama, por ver a menudo
gentiles ojos o dolorosos llantos,
como el vuestro, cuando veis frente a vos
mi semblante afligido; de modo
que por vos me vienen tales cosas a la mente,
que mucho temo que mi corazón se rompa.
No puedo tener los ojos destruidos,

y que no os miren muchas veces,
por el deseo de llorar que tienen:
y aumentáis tanto ese deseo,
que enteramente en él se consumen;
pero llorar no saben delante de vos.

XXXVII [XXXVIII]. A tanto llegué por la sola vista de esta dama, que mis ojos comenzaron a deleitarse mucho al verla; por lo que, a menudo, sentía remordimientos en mi corazón y me consideraba harto vil. De aquí que muchas veces vituperase la vanidad de mis ojos, y les dijese en mi pensamiento: «Antes solíais hacer llorar a quien veía vuestra dolorosa condición, y ahora parece que queréis olvidarlo por esta dama que os mira, y que sólo os mira en cuanto se duele de la gloriosa dama por quien soléis llorar; mas hagáis lo que hagáis, yo os la recordaré con todo muchas veces, malditos ojos, pues nunca, si no es después de la muerte, deberían cesar vuestras lágrimas». Y cuando así decía para mí mismo a mis ojos, grandes y angustiosos suspiros me asaltaban. Y a fin de que esta batalla que libraba conmigo no fuese tan sólo conocida por el mísero que la sufría, me propuse hacer un soneto, en el que se mostrase esta horrible condición. Y escribí el soneto que empieza *El amargo llanto*. Éste tiene dos partes: en la primera les hablo a mis ojos como hablaba mi corazón en mí mismo; en la segunda quito algunas dudas, indicando quién es el que así habla; esta parte comienza *Así dice*. Bien podría admitir aún más divisiones, pero serían inútiles, pues resulta claro por la razón precedente.

«El amargo llanto que derramasteis,
ojos míos, durante mucho tiempo,
hacía llorar a los demás
por compasión, como visteis.
Creo que ahora lo olvidaríais
si yo fuese por mi parte tan traidor,

que no os desbaratara todo motivo,
recordándoos a la que llorasteis.
Vuestra vanidad me da que pensar,
y me asusta tanto, que temo mucho
el rostro de una dama que os contempla.
Jamás debisteis, sino con la muerte,
olvidar a vuestra dama, que ha muerto».
Así dice mi corazón, y después suspira.

XXXVIII [XXXIX]. Acogí la vista de aquella dama con ánimo tan nuevo, que muchas veces pensaba en ella como en persona que me agradaba bastante; y así pensaba de ella: «Ésta es una dama gentil, bella, joven y prudente, que acaso haya aparecido por voluntad de Amor, para que mi vida encuentre reposo». Y muchas veces pensaba aún más amorosamente, tanto que el corazón consentía en ese pensamiento. Y cuando yo había consentido en esto, y volvía a pensar movido por la razón, decía para mí: «Dios, ¿qué pensamiento es éste, que de tan vil modo quiere consolarme y no me permite pensar nada más?». Luego se levantaba otro pensamiento que me decía: «Si has estado en tanta tribulación, ¿por qué no quieres alejarte de la amargura? Ves que ésta es una inspiración de Amor, que los deseos de amor presenta, y es movida por parte tan gentil como son los ojos de la dama que tan compasiva se ha mostrado». Por lo que yo, habiendo combatido conmigo mismo muchas veces de esta manera, aún quise decir algunas palabras sobre ello; y ya que en la batalla de los pensamientos vencían los que hablaban en su favor, me pareció conveniente hablarle a ella; y escribí el soneto que comienza *Un noble pensamiento*, y digo «noble» por cuanto hablaba de una gentil dama, pues por lo demás era un pensamiento bastante vil.

En este soneto hago dos partes de mí, según se hallaban divididos mis pensamientos. A una parte la llamo corazón, esto

es, al apetito; a la otra la llamo alma, esto es, a la razón; y digo cómo hablan entre sí. Y que sea justo llamar al apetito corazón, y a la razón alma, resulta bastante evidente para quienes deseo que esto quede claro. Es cierto que en el soneto precedente enfrento a la parte del corazón con la de los ojos, y esto parece contrario a lo que yo digo en el presente; por eso aclaro que allí también entiendo corazón por apetito, ya que el deseo de acordarme de mi dama era aún mayor que el de ver a esta otra, pues aunque tuviese ya algún apetito, todavía éste era ligero: por lo que resulta que una idea no es contraria a la otra.

Este soneto tiene tres partes: en la primera comienzo a decirle a esta dama cómo todo mi deseo se vuelve hacia ella; en la segunda digo cómo el alma, esto es, la razón, le habla al corazón, esto es, al apetito; en la tercera digo cómo éste le responde. La segunda parte comienza *El alma dice*; la tercera, *Éste le responde*.

Un noble pensamiento que habla
de vos a menudo se acerca a estar conmigo,
y habla de amor tan dulcemente,
que hace que el corazón consienta en él.
El alma dice al corazón: «¿Quién es éste
que viene a consolar nuestra mente,
y que tiene fuerza tan poderosa, que no deja
a ningún otro pensamiento estar con nosotros?». *Éste le responde*: «Oh, alma pensativa,
éste es un nuevo espíritu de amor,
que presenta ante mí sus deseos;
y su vida y todo su valor vienen
de los ojos de aquella dama compasiva
que sufría con nuestros tormentos».

XXXIX [XL]. Contra este adversario de la razón se levantó un día, casi a la hora de nona, una poderosa visión en mí, en la que

me pareció ver a la gloriosa Beatriz con aquel vestido color de sangre con el que se mostró primero a mis ojos; y me parecía joven, de la misma edad que cuando la vi por vez primera. Entonces comencé a pensar en ella; y recordándola según el orden del tiempo pasado, mi corazón comenzó a arrepentirse del deseo por el que tan vilmente se había dejado poseer algunos días contra la constancia de la razón: y expulsado tan maligno deseo, todos mis pensamientos se volvieron hacia la gentilísima Beatriz. Y digo que de ahí en adelante comencé a pensar en ella de tal modo con todo mi avergonzado corazón, que los suspiros lo evidenciaban muchas veces, ya que todos repetían al salir lo que se decía en el corazón, esto es, el nombre de mi dama gentilísima y cómo partió de nosotros. Y muchas veces sucedía que tanto dolor llevaba consigo algún pensamiento, que me olvidaba de él y de dónde me encontraba. Por este despertar de los suspiros despertó de nuevo el disminuido llanto, de modo que parecía como si mis ojos solamente desearan llorar; y a menudo ocurría que por la larga duración del llanto, en torno a ellos nacía un color purpúreo que suele aparecer por algún tormento que alguien reciba. De donde resulta que fueron tan justamente recompensados por su vanidad, que de ahí en adelante no pudieron ver a nadie que los mirase de tal forma que pudiese conducirlos a una tentación semejante. Por lo que yo, queriendo que el malvado deseo y la vana tentación pareciesen vencidos, de manera que las rimas que yo había dicho recientemente no pudieran despertar ninguna duda, me propuse hacer un soneto que incluyese el sentido de esta razón. Y dije entonces: *¡Ay de mí! por la fuerza de muchos suspiros*; y dije «ay de mí» por cuanto me avergonzaba de que mis ojos hubiesen sido tan vanos.

No divido este soneto; pues bastante lo explica su razón.

¡Ay de mí! por la fuerza de muchos suspiros

que nacen de los pensamientos que hay
en mi corazón, los ojos tengo vencidos,
y no se atreven a mirar a quien los mira.
A tanto han llegado que parecen sólo dos deseos
de llorar y manifestar dolor,
y muchas veces lloran de tal modo,
que Amor los ciñe con la corona del martirio.
Estos pensamientos y los suspiros que lanzo
se vuelven tan angustiosos en el corazón,
que Amor, de tanto como le duelen, desfallece,
pues llevan en sí escrito
el dulce nombre de mi dama
y muchas palabras que hablan de su muerte.

XL [XLI]. Después de esta tribulación, en el tiempo en que mucha gente va a ver la bendita imagen que Jesucristo nos dejó como muestra de su hermosísimo semblante^[32], el cual ve mi dama gloriosamente, sucedió que unos peregrinos pasaban por una calle que está casi en el centro de la ciudad donde nació, vivió y murió mi gentilísima dama. Los peregrinos iban, a lo que me pareció, muy meditabundos; por lo que yo, pensando en ellos, dije para mí: «Me parece que estos peregrinos vienen de muy lejos, y no creo que hayan oído hablar aún de mi dama, y nada deben de saber de ella; más bien piensan en otras cosas que en las de aquí; quizá piensen en sus lejanos amigos, a los que no conocemos». Luego me dije: «Sé que si fueran de un país cercano, en algún aspecto parecerían turbados al pasar por medio de la dolorosa ciudad». Y luego: «Si yo los pudiera detener un momento, les haría llorar antes de que saliesen de la ciudad, pues diría palabras que harían llorar a quien las oyese». Así, una vez que éstos se hubieron alejado de mi vista, me propuse hacer un soneto en el que manifestase lo que había

dicho para mí; y para que pareciese aún más piadoso, me propuse hacerlo como si les hubiera hablado; y escribí el soneto que comienza *Peregrinos que pensando vais*. Y dije «peregrinos» según el sentido amplio del vocablo, pues la palabra «peregrino» se puede entender en sentido amplio y en sentido estricto: en sentido amplio, peregrino es todo aquel que está fuera de su patria; en sentido estricto, sólo es peregrino quien va hacia la casa de Santiago o vuelve de ella. Conviene saber que las gentes que caminan para servir al Altísimo reciben propiamente tres nombres: se les llama palmeros si van a ultramar, de donde muchas veces traen la palma; peregrinos, si van a Galicia, ya que Santiago fue sepultado más lejos de su patria que ningún otro apóstol; romeros, si van a Roma, que es adónde iban estos que llamo peregrinos.

No divido este soneto, puesto que lo explica suficientemente su razón.

Peregrinos que pensando vais
en algo que quizá no esté presente,
¿venís de tan lejana tierra,
como vuestro aspecto muestra,
que no lloráis al cruzar
la ciudad doliente por su centro,
como personas que nada parecen
comprender de su tristeza?
Si os quedáis a oírlo,
el corazón entre suspiros me dice
que luego marcharéis llorando.
La ciudad ha perdido a su Beatriz;
y las palabras que pueden decirse de ella
tienen el poder de hacer llorar a los demás.

XLI [XLII]. Después, dos nobles damas mandaron a pedirme que

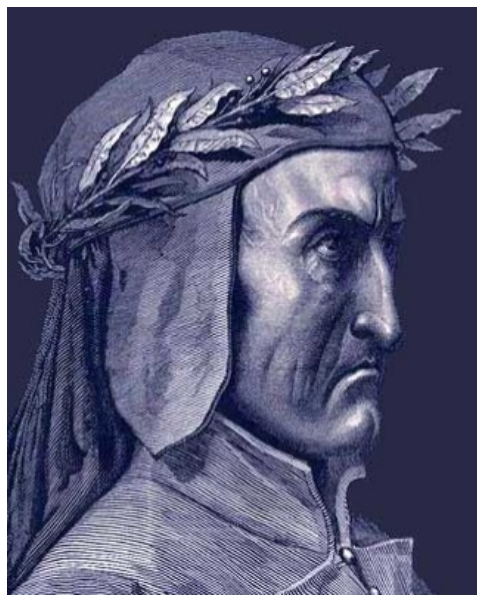
les enviase algunas de mis composiciones rimadas; por lo que yo, teniendo en cuenta su nobleza, me propuse enviárselas y hacer una cosa nueva que añadiría a las otras, para cumplir de esta forma más honrosamente su ruego. Hice entonces un soneto que refiere mi estado y se lo mandé acompañado del anterior y de otro que comienza *Venid a escuchar*.

El soneto que hice entonces comienza *Allende la esfera*, y tiene cinco partes. En la primera digo adónde va mi pensamiento, nombrándolo con el nombre de algún efecto suyo. En la segunda digo por qué va allá arriba, esto es, quién le hace moverse así. En la tercera digo lo que vio, esto es, una dama a la que se honra allá arriba; y le llamo entonces «espíritu peregrino», pues va espiritualmente allá arriba, y como peregrino que está fuera de su patria, allí permanece. En la cuarta digo cómo éste la ve tal, esto es, en tal cualidad, que no puedo entenderlo, es decir, que mi pensamiento asciende a la cualidad de ella en tal grado que mi intelecto no lo puede entender, ya que nuestro intelecto contempla esas divinas almas como el débil ojo el sol, y así lo dice el Filósofo^[33] en el segundo libro de la *Metafísica*. En la quinta digo que, aunque no pueda llegar a comprender adónde me ha llevado mi pensamiento, esto es, su admirable cualidad, al menos entiendo que todo este pensamiento es sobre mi dama, ya que a menudo oigo su nombre en mi pensamiento: y al final de esta quinta parte digo «mis queridas damas» para dar a entender que es a unas damas a quienes me dirijo. La segunda parte comienza *inteligencia nueva*; la tercera *Cuando ha llegado*; la cuarta, *La ve tal*; la quinta, *Yo sé que habla*. Se podría dividir más sutilmente aún, y más sutilmente hacerlo entender; pero puede pasar con esta división, por lo que no me entretengo en dividirlo más.

Allende la esfera que más amplia gira
pasa el suspiro que sale de mi corazón:

inteligencia nueva, que el amor,
mientras llora, pone en él, elevándolo.
Cuando ha llegado allí donde desea,
ve a una dama que recibe honor
y luce tanto, que por su esplendor
el peregrino espíritu la contempla.
La ve tal, que cuando me lo refiere
no lo entiendo, así de sutil habla
al corazón doliente que le hace hablar.
Yo sé que habla de aquella noble dama,
porque a menudo recuerda a Beatriz,
de modo que lo entiendo bien, mis queridas damas.

XLII [XLIII]. Después de escribir este soneto se me apareció una maravillosa visión, en la que vi cosas que me persuadieron a no hablar más de mi bendita dama hasta que pudiese tratar de ella más dignamente. Y me esfuerzo cuanto puedo por conseguirlo, como en verdad sabe ella. Así, si quiere Aquél por quien todas las cosas viven que mi vida dure algunos años, espero decir de ella lo que nunca fue dicho de ninguna. Y luego quiera Aquel que es señor de la cortesía que mi alma pueda ir a ver la gloria de su dama, esto es, de la bendita Beatriz, la cual gloriosamente contempla el rostro de Aquel *qui est per omnia saecula benedictus*.



DANTE ALIGHIERI (Florencia, 1265 - Rávena, 1321). Poeta italiano. Si bien sus padres, Alighiero de Bellincione y Gabriella (Bella), pertenecían a la burguesía güelfa florentina, Dante aseguró siempre que procedía de familia noble, y así lo hizo constar en el *Paraíso* (cantos xv y xvi), en donde trazó un vínculo familiar con su supuesto antepasado Cacciaguida, quien habría sido armado caballero por el emperador Conrado II de Suabia.

Durante sus años de estudio Dante Alighieri coincidió con el poeta Guido Cavalcanti, representante del *dolce stil nuovo*, unos quince años mayor que él, con quien intimó y de quien se convirtió en discípulo. Según explica en su autobiografía más o menos recreada poéticamente *Vida nueva*, en 1274 vio por primera vez a Beatriz Portinari, cuando ella contaba ocho años y él tan sólo uno más; el apasionado y platónico enamoramiento de Dante tendría lugar al coincidir de nuevo con ella nueve años más tarde.

En 1285 Dante tomó parte en el asedio de Poggio di Santa Cecilia, defendido por los aretinos, y dos años más tarde se trasladó a Bolonia, quizás a estudiar, si bien se tienen dudas en lo

referente a su paso por la universidad de dicha ciudad. Sí hay pruebas, en cambio, de su participación, en calidad de «feritore» de a caballo, en la batalla de Campaldino, en la cual se enfrentó a los gibelinos de Arezzo.

En 1290 murió Beatriz, y un año más tarde Dante contrajo matrimonio con Gemma di Manetto, con quien tuvo cuatro hijos. En 1295 se inscribió en el gremio de médicos y boticarios, y a partir del mes de noviembre empezó a interesarse por la política municipal florentina; entre mayo y septiembre del año siguiente fue miembro del Consejo de los Ciento, y en 1298 participó en la firma del tratado de paz con Arezzo. En 1300, y en calidad de embajador, se trasladó a San Gimignano para negociar la visita de representantes de la Liga Güelfa a Florencia, y entre el 15 de junio y el 14 de agosto ocupó el cargo de prior, máxima magistratura florentina.

En octubre de 1301, y tras oponerse al envío de tropas para ayudar al papa Bonifacio VIII, Dante fue designado embajador ante el pontífice, a quien ofreció un tratado de paz. El Papa, sin embargo, lo retuvo en Roma en contra de su voluntad, con la intención de ayudar en Florencia a la facción güelfa opuesta a la de Dante, sector que a la postre se hizo con el control de la ciudad y desterró a sus oponentes. Acusado de malversación de fondos, Dante fue condenado a multa, expropiación y exilio, y más tarde a muerte en caso de que regresara a Florencia.

A partir de esta fecha Dante inició un largo exilio que iba a durar el resto de su vida: residió en Verona, Padua, Rímini, Lucca y, finalmente, Rávena, ciudad en la cual fue huésped de Guido Novello de Polenta y donde permaneció hasta su muerte.

Obras de Dante Alighieri

La influencia de la poesía trovadoresca y estilnovista sobre Dante Alighieri queda reflejada en su *Vida nueva*, conjunto de poemas y prosas dirigidos a Beatriz, razón de la vida del poeta y

también de sus tormentos, y sus *Rime Petrose*, dirigidas a una amada supuesta, a la que escribe sólo para disimular ante los demás su verdadero amor. El juego poético-amoroso oscila entre la pasión imposible y la espiritualizada idealización de la figura de su amada, aunque las rígidas formas del estilnovismo adquieren una fuerza y sinceridad nuevas en manos de Dante.

El experimentalismo de los poemas de Dante Alighieri y la búsqueda consciente de un estilo propio culminarán finalmente en *La Divina Comedia*, una de las cumbres de la literatura universal. Escrita en tercetos, se resume en ella toda la cosmología medieval mediante la presentación del recorrido del alma de Dante, guiada primero por Virgilio y más adelante por Beatriz, en la expiación de sus pecados en tres cantos: el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso. Con un lenguaje vívido y de gran riqueza expresiva, el poeta mezcla los elementos simbólicos con referencias a personajes históricos y mitológicos, hasta construir una equilibrada y grandiosa síntesis del saber acumulado por el hombre desde la Antigüedad clásica hasta la Edad Media.

Notas

[1] «Comienza la vida nueva». <<

[2] «Tenía nueve años...». El número nueve, que para Dante expresa perfección, aparece a menudo en esta obra. En el capítulo XXIX, Dante explica minuciosamente la importancia que le concede. <<

[3] Beatrice di Folco Portinari (1266-1290). La identidad entre Beatriz y *beatitudo*, implícita aquí, reaparece plenamente en el penúltimo soneto (cap. XL): [Beatriz=] *beatrice* = «ventura» (dicha, beatitud). <<

[4] Aparece aquí una división clásica de las actividades espirituales: vital, animal, natural. <<

[5] «He aquí un dios más fuerte que yo, que viene a dominarme». <<

[6] «Se ha mostrado vuestra felicidad». *Cfr.* nota 3. <<

[7] «Ay de mí, que en adelante seré entorpecido a menudo». <<

[8] *Cfr. Odisea*, VI, 149 y ss. <<

[9] «Yo soy tu señor». <<

[10] «Mira tu corazón». <<

[11] Guido Cavalcanti (c. 1250-1300), máximo representante del *stil novo*. Una selección de su obra ha sido vertida al castellano por Carlos Alvar en *El dulce stil novo* (Madrid, 1984). <<

[12] Cavalcanti, *Rime*, XXXVII [XXXVIII]; Dante, *Rime*, II. También han llegado a nosotros las respuestas de Ciño da Pistoia:

Naturalmente chere ogni amadore..., y Dante da Maiano: *Di ciò che stato sei dimandatore...* (Dante, *Rime*, III y IV). <<

[13] La escena tiene lugar en una iglesia. Las «palabras» son una letanía de Nuestra Señora. <<

[14] Lamentaciones, 1, 12. <<

[15] «Hijo mío, es el momento de dejar a un lado nuestros simulacros». <<

[16] «Yo soy como el centro de un círculo, del cual equidistan todas las partes de la circunferencia; tú sin embargo no eres tal centro». <<

[17] Pasa a hablarle en toscano. <<

[18] *Se trata de una glosa al Corpus iuris civilis justiniano*. <<

[19] El sabio es Guido Guinizelli (c. 1235-c. 1276), precursor del *stil novo*; la canción, *Al cor gentil rempaira sempe amore*, cuyos ecos suenan también en boca de Francesca da Polenta (*Inferno*, v, 100): *Amor, ch'al cor gentil ratto s'apprende*. <<

[20] Folco Portinari, muerto el 31 de diciembre de 1289. <<

[21] Guido Cavalcanti (véase nota 11) amó a esta Giovanna, a la que llama «*piacente primavera*» (*Rime*, I [VI], 3). Giovanna es también la dama que habría de acompañar, junto a «monna Lagia» y *queda ch'e sul numer de le trenta*, a Guido Cavalcanti, Lapo Gianni y Dante Alighieri en el *incantamento* al que se refiere éste último en uno de sus más deliciosos sonetos (*Rime*, III). <<

[22] Primavera —*prima verrà* = «primero vendrá». El juego de palabras, aunque intraducible al castellano, puede comprenderse fácilmente. <<

[23] *San Mateo*, 3,3. La frase procede de *Isaías*, 40, 3. <<

[24] Giovanna y Beatrice. <<

[25] Aristóteles. <<

[26] Para una noción exacta de las ideas de Dante sobre lengua y

literatura, léase *De vulgari eloquentia*. <<

[27] Las citas corresponden a *Eneida*, I, 65; I, 76-77, y III, 94; *Farsalia*, I, 44; *Arte Poética*, I 41; *Remedio del Amor*, 2. La elección de estos poetas no es arbitraria: Homero, Virgilio, Horacio, Ovidio y Lucano son para Dante las cumbres de la poesía. En la *Commedia* (*Inferno*, IV, 88-90), acompañado de Virgilio «encontrará» a los otros cuatro y proclamará:... *io fui sesto tra cotanto senno* (*op. cit.*, IV, 102). <<

[28] Guido Cavalcanti. <<

[29] *Jeremías*, Lamentaciones, I, 1. <<

[30] 8 de junio de 1290. <<

[31] Uno de los cinco hermanos de Beatriz. <<

[32] La Verónica. <<

[33] Aristóteles. <<

Índice

La vida nueva	3
La vida nueva	5
Autor	68
Notas	71